

AÑO XIII, SERIE II, 2-51

1925, oct

38-515
314

REVISTA DE CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Dr. Mario Sáenz

Por la Facultad

Adelino Galeotti

Por el Centro de Estudiantes

Nestor B. Zelaya

Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Mario A. de Tezanos Pintos

Raúl Prebisch

Por la Facultad

Dr. José P. Podestá

Dr. Italo Luis Grassi

Por los Graduados

Enrique Julio Ferrarazzo

Emilio Calvo

Por el Centro de Estudiantes

ADMINISTRADOR

Juan C. Chamorro



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALLE CHARGAS, 1835

BUENOS AIRES

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

Conferencias del profesor Guillermo A. Sherwell

En la Facultad de ciencias económicas
en septiembre de 1925

PALABRAS DEL SEÑOR DECANO DOCTOR MARIO SÁENZ

Señoras y señores :

Asistimos, en nuestros días a una transformación tan profunda de la Universidad, que ella es fácilmente perceptible a la mirada de los propios contemporáneos.

No son ya únicamente las bases mismas de su organización las que se modifican; sino también, muy especialmente, los métodos de investigación y de enseñanza; la naturaleza y variedad de sus estudios, enteramente nuevos algunos, o ampliados otros, en tal forma, que exceden los límites de las concepciones anteriores. Este hábito de renovación — que es indicio de vida y condición de progreso — ha alcanzado también a lo que podríamos llamar las relaciones exteriores de la Universidad.

Al viejo hermetismo de los claustros, se opone ahora la necesidad y la conveniencia de relacionar directamente las actividades universitarias con las aspiraciones sociales, en cada esfera de sus legítimas, particulares inquietudes.

Y nace luego, como un corolario perfectamente lógico, la confrontación de las soluciones que cada Universidad propone a los problemas de su pueblo, para beneficiarse, en lo posible, con lo que ellas contengan de general y adaptable, aportando naturalmente todo aquello que pudiera ser meramente circunstancial o local.

A estas tendencias de la nueva Universidad satisfacen, por su orientación fundamental, las conferencias del doctor Guillermo Sherwell, secretario general de la Alta Comisión financiera interamericana, quien honra hoy nuestra casa con su autorizada y prestigiosa palabra.

El deseo de corresponder a ese honor como él merece, me decidió a confiar su presentación al señor profesor ingeniero Bunge, cuya versación en los problemas interamericanos, le señalaba, entre nosotros, para desempeñar con acierto esta interesante y agradable tarea.

Señor doctor Sherwell :

La Facultad de ciencias económicas os agradece, por mi intermedio, la valiosa colaboración que vais a prestar a sus funciones docentes, y el nuevo motivo de vinculación que nos ofrecéis con el pensamiento de vuestro admirable país.

PRESENTACIÓN DEL INGENIERO ALEJANDRO E. BUNGE

Vais a oír, señores, la palabra de un profesor que no enseña solamente desde su cátedra en la ciudad de Washington y con sus libros. Sus dotes espirituales y su sensibilidad están siempre al servicio de todo lo bueno; en la vida diaria y en sus actividades internacionales, enseña siempre, porque, además de guiarle una lealtad a toda prueba, ve panorámicamente el futuro cordial de los pueblos de América cuya entraña conoce como si hubiera vivido siempre en cada uno de ellos. Su penetración de las condiciones sociales y políticas de las naciones americanas y la visión clara de sus destinos dan particular autoridad a sus ideas y a sus doctrinas.

Su alto cargo de secretario general de la Alta Comisión interamericana y los desempeñados anteriormente, su vinculación con las numerosas instituciones científicas y sociales, de diversos países, de las cuales es miembro honorario, su participación sobresaliente en la mayor parte de los congresos panamericanos, han permitido al sociólogo profundo, al erudito doctor en leyes y en filosofía, ver la solución de problemas de interés interamericano que para la mayoría de nosotros se presentan como apenas imperceptibles. El ha sabido destacarlos y delinear claramente sus contornos.

Hace poco tuvimos la suerte de oírle en el Congreso de economía social de Buenos Aires. Sus discursos y trabajos han dejado huellas imborrables en nuestro recuerdo y algunos, como su *Código de los derechos del niño*, tienen vida eterna asegurada. Respondiendo a la invitación de esta Facultad, viene a traernos hoy un nuevo tributo.

Doctor Sherwell : en nombre de las autoridades de esta casa, os invito a ocupar esta tribuna.

LA CRISIS DEL DERECHO PUBLICO INTERNO

Introducción

Señores :

Es a un mismo tiempo alto honor y honda responsabilidad para mí el encontrarme ante vosotros para presentar a vuestra consideración algunas reflexiones motivadas por fenómenos que en la actualidad acusan inquietudes precursoras de grandes reajustamientos. Mucho se ha hablado y se ha escrito sobre estos fenómenos tomados aisladamente, y mucho de lo que se ha dicho, desgraciadamente sólo ha servido para producir confusión. Esto se debe quizá a falta de espíritu sintético y a esa ligereza mental que tanto abunda en los que dan a la prensa diaria impresiones aisladas, o en la tribuna pública presentan reacciones parciales para producir efectos pre-determinadas. Es necesario arrancar estas cuestiones de los lugares en que indebidamente se han planteado y traerlas al único centro en donde se estudia objetivamente, con espíritu inmune a pasiones y firme en sus métodos; y cuya finalidad es la verdad misma, aun cuando ésta vaya en contra de las propias inclinaciones; al laboratorio en donde se buscan los hechos y se analizan, no imprimiéndoles el sello del investigador, por poderosa que sea su personalidad, sino esperando serenamente que los hechos mismos revelen la ley a que obedecen y la orientación que señalan. Por eso, señores, es tiempo oportuno de que la Universidad se dedique con ahínco a estudiar los fenómenos de transición que actualmente ocurren, para poder decir a la humanidad inquieta qué instituciones han naufragado ya definitivamente, cuáles están sufriendo hondas modificaciones, y cuál será probablemente la forma provisional de reajustamiento que hará vivir a las organizaciones políticas, hasta que nuevas fases de evolución produzcan nuevas crisis y nuevos reajustamientos.

Ojeada retrospectiva

Desde luego, el más superficial observador puede descubrir que la inquietud presente de la humanidad no es excepcional. La historia abunda en casos análogos. Vemos a las democracias griegas, sujetas al hechizo de la palabra de sus oradores, voluntariamente sometidas a dictaduras o tiranías, violentamente reveladas contra estas mismas; y movidas, ya por la luminosa serenidad ática de Pericles, o ya por la voz de los demagogos, encandiladoras de pasiones. Las multitudes de Grecia, no menos apasionadas que las multitudes de hoy, iban del sereno bienestar fundado muchas veces en la aquiescencia ante el abuso del poder, tolerado y aun aplaudido, a ese otro género de felicidad derivado de la excitación militante que hace hervir la sangre, destrozarse tiranías, hollar principios antes tenidos por sagrados, y luego abrir los ojos muy curiosos y no poco azorados ante problemas nuevos, no pocas veces resueltos por medio de las soluciones viejas. Desde entonces ya era un conjuro la palabra « democracia », griega no sólo por su estructura, sino porque fué muy helénico lo que significa.

Roma republicana no fué democrática. No vale la pena de detenernos para insistir en que república y democracia no son sinónimas, y en que ni siquiera marchan siempre paralelas las formas democráticas y las formas republicanas de gobierno. Bien sabemos que puede haber repúblicas despóticas en donde la voz del pueblo no se hace oír, y que la democracia no está reñida con el imperio, como lo prueba el Imperio de Atenas democrática, ni pugna con la forma monárquica de gobierno, como lo atestigua la maravillosa organización política moderna, constituida por el Imperio británico.

No fué la Edad Media ajena a las formas democráticas. En ese crisol en donde tantos elementos disímiles estaban fundiéndose y del cual salieron tantos portentos, a pesar de haber desviado ese movimiento la mirada hacia el pasado, por la comunión con la herencia de los clásicos que Bizancio puso en los labios de la humanidad de los siglos xiv y xv, había un elemento muy considerable de vigorosa democracia; y aun el odiado sistema feudal sería mejor comprendido si se le analizara con crítica serena para encontrar el erguido espíritu democrático que se manifiesta en su creación y funcionamiento.

Los que, escudriñando las páginas de la historia, después de admirar el desarrollo espiritual de los pueblos clásicos y de recorrer centuria tras centuria, nos hemos detenido atónitos ante ese porten-

toso siglo XIII que marca la más alta cúspide a que en el mundo ha llegado la energía humana, no podemos menos de preguntarnos qué sería de la humanidad si ésta hubiera seguido como iba; si después de haber producido lo más bello de la música sagrada, lo más hondo de la poesía cristiana; lo más expresivo de las inquietudes y de las aspiraciones humanas en las catedrales góticas; lo más tierno, más dulce y más bueno a que puede llegar el hombre, en el santo de Asís; lo más hermosamente caballeresco, lo más bellamente loco y lo más inspirado, en las cruzadas, hubiera seguido sin volver la vista hacia el pasado para reanudar la marcha de su pensamiento donde la habían dejado los últimos filósofos de Atenas, de Rodas y de Alejandría.

Vino el movimiento de la Reforma, emancipando el espíritu de los dogmas y de las tradiciones. A la fe pretendió suceder el libre examen; pero el libre examen y la fe no podían destruirse mutuamente. Después de todo, si la razón produjo a Sócrates, la fe produjo a San Francisco; si la razón guió a los que destruyeron las tiranías del siglo XVIII, la fe dirigió a los cruzados; y tenía que suceder lo que sucedió, que ha debido establecerse la convivencia de la razón y de la fe, despojando a aquélla de toda petulancia por la cual pueda considerarse entendedora de todo y de todo juzgadora, y suprimiendo de ésta la superstición abyecta. Cuando la fe deja de cifrarse en las cosas bajas de la tierra y se eleva a Dios, y cuando la razón reconoce sus limitaciones, viene el punto de convergencia de ambas, se establece el equilibrio, y la humanidad, conservando bien encendido y caliente el hogar de la fe que vivifica, abre a todos los vientos las ventanas de la razón que ilumina.

Los movimientos de los pueblos se hacen por medio de sacudidas. La filosofía tiene que repercutir en todas las esferas de la vida. Cambia el pensamiento y la acción también se desvía. Las instituciones políticas siguieron la larga serie de crisis y reajustamientos, y en todos esos movimientos la palabra « democracia » seguía como un ideal. Por ella muchos combatieron; muchos murieron por ella y, como símbolo de lo más alto de las aspiraciones políticas de la humanidad, ha llegado hasta la fecha presente, cuando el presidente de los Estados Unidos de América pudo decir al mundo que mandaba a lo mejor de la juventud de ese país al lodo de las trincheras, al humo de las batallas y a la frialdad de las fosas comunes, para que la democracia pudiera vivir segura en el mundo.

Nacida en Atenas, viva en las pequeñas repúblicas del Renacimiento y hoy con pretensiones a ser señora del mundo entero, bien está que la disequemos y a la luz de los hechos históricos y de los

hechos actuales examinemos lo que ha sido y lo que es la democracia, y estudiemos las tendencias actuales de la humanidad para ver, hasta donde ello nos sea posible, adónde va el hombre en sus ensayos de vida colectiva.

Principios fundamentales

Las consideraciones que siguen tienen que basarse en dos principios fundamentales. El primero es el cimiento indestructible del derecho público interno; el segundo es la modalidad de aplicación, de construcción, de organización que hoy está más generalmente aceptada como buena, y que es la democracia.

a) El apotegma del derecho público interno es aquella fórmula de todos conocida : « El objeto y fin de las instituciones humanas es la felicidad de los hombres. » Este apotegma va de la mano con el principio esencial en que se funda la declaración de la independencia de los Estados Unidos, de que todo hombre tiene derecho a la vida, la libertad y la busca de su propia dicha. Este apotegma no se discute; lo aceptamos como esencial. Atacarlo sería insensatez; defenderlo sería redundancia.

b) El apotegma fundamental de la democracia está en la definición misma de este sistema. Creo que nadie ha superado la definición que se infiere del discurso de Lincoln en Gettysburg : « La democracia es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. » Desde luego se ve que la democracia es una modalidad en la que entran dos factores : « para el pueblo », común a todos los gobiernos, a lo menos en teoría, y « por el pueblo », privativo de la democracia.

La modalidad sacrificada en favor de lo fundamental

Como el primer apotegma es más general y fundamental, lógicamente habrá de reconocerse que el segundo debe desaparecer o modificarse si está en conflicto con él. En otros términos, si el fin de las instituciones humanas es la felicidad de los hombres; y si la democracia no ha demostrado su eficacia para producir la felicidad del mayor número posible de hombres, entonces la democracia, tal como hoy existe, debe desaparecer o modificarse para dar lugar a un sistema político que más corresponda al apotegma fundamental de las instituciones sociales.

Osado será quien condene ligeramente a la democracia como sistema político. Pero en un estudio científico debe despojársela de ese carácter sagrado de verdadero fetiche que se la ha dado, quizá más a la palabra que a su traducción en hechos. Es necesario examinarla como institución política, como se examina una condición en un cuerpo humano, y que, si aceptamos la definición de Lincoln como buena, se vea si realmente ha existido la democracia en el mundo, y si lo que ha existido con ese nombre ha sido efectivamente productor de una suma tan considerable de felicidad para los hombres que merezca subsistir como sistema de organización política. Si de los hechos resulta que la definición corresponde a un estado teórico que la humanidad nunca ha alcanzado, debemos investigar, siempre que ese estado teórico satisfaga nuestros ideales de una organización política perfecta, si el hombre va en camino hacia ese estado ideal, y averiguar la manera cómo puede apresurarse la realización de esas condiciones. Si, por otra parte, se llega a ver que la democracia no ha existido nunca conforme a esta definición, y si se descubre que o no es posible que la comunidad llegue a ponerse en condiciones de tener perfecta democracia, o el camino hacia esas condiciones es tan largo y tan difícil que no deba emprenderse, entonces nuestro deber es aceptar lo posible y práctico, darle el nombre que nos parezca y dedicarnos a vivir de la manera más perfecta dentro de las condiciones reales.

La obligación suprema

Deseo hacer un paréntesis explicatorio de una expresión que acabo de asentar y que no retiro. He dicho que el camino puede ser demasiado largo para que merezca el trabajo de emprenderse. Efectivamente, tal es mi pensamiento. El hombre está en un sendero que es tan largo como lo es la vida entera de la humanidad. Ni sabemos en dónde empezó el camino, ni sabemos en dónde terminará. La humanidad lo sigue inconscientemente. Va hacia mayor perfección durante un período y se hunde en el atraso en el que sigue, para resurgir más tarde, quizá con una infusión de vigor nuevo, para continuar su marcha ascendente. Este camino no está a discusión. No se discute lo ineludible. Lo que se discute es que valga la pena de establecer con toda intención un fin determinado y dedicarse a conseguirlo, aun cuando se sepa que se van a emplear tres o cuatro generaciones para ello. La suprema razón de que la humanidad subsista es este egoísmo perfectamente justificado y sal-

vador : Nuestra obligación es para la generación presente, comprendiendo en ella a los que están para dejarnos y a aquellos que nosotros estamos formando. Así como hay una prescripción legal en materia de derechos privados, es necesario admitir que debe haber una prescripción en las obligaciones seculares de la humanidad. La generación presente no tiene más obligaciones que la gratitud a sus padres y la preparación de sus hijos. Este es el círculo de sus actividades y el de sus obligaciones de crear mayor vida y mayor felicidad. Crear ideales para que nuestros bisnietos los alcancen, es sacrificar en estériles esfuerzos una vida que tenemos obligación de vivir plenamente. Después de todo, viviéndola llena, alta, honda y sincera, estamos haciendo todo lo que podemos y todo lo que debemos para dejar al futuro misterioso la mejor herencia que podemos dejarle y preparar para las generaciones que vienen, elementos con que crear destinos superiores. Pero creer que lo que para nosotros significa perfección ha de ser perfección para las generaciones que nos sucedan, no es más que una prueba más de esa vanidad que nos vuelve maestros de todos, mientras que no somos sino esclavos de doctrinas, estériles para la suprema obligación de vivir.

Con atisbos de perfección y retazos de verdad creamos algo mejor que lo existente. No conformes con reconocerlo obra de nuestras manos, le hacemos un altar, nos postramos ante ello y exigimos que todos lo adoren y lo sirvan. Y la humanidad sigue adorando y sirviendo a lo bueno de antes, pero insuficiente e inadaptado en las condiciones nuevas. Las instituciones no son más sagradas que la humanidad que las crea. Cuando le vienen pequeñas debe destruirlas y crearse otras. Creemos que el pasado es digno de toda nuestra gratitud; merece toda nuestra admiración. En él debemos, al estudiar las conquistas de los hombres que fueron, beber fe nueva que nos anime, porque ellos no tuvieron más luz en el alma que la que nosotros tenemos; pero el pasado ha muerto y muerto debe quedar.

Elemento general : « Gobierno para el pueblo »

Un gobierno para el pueblo es un gobierno tal como debe ser : es el gobierno por antonomasia, especialmente en el moderno concepto de las relaciones entre gobernantes y gobernados. Todo gobierno actual profesa estar dedicado al bien y la felicidad de todos los gobernados sin distinción de clases. Un gobierno que abiertamente declarara tener por objeto el bien de unos y la explotación

de otros; que proclamara la existencia de privilegios y servidumbres, no duraría mucho. Y, sin embargo, que hay países de privilegio, de distinción efectiva, en que unos tienen mejores oportunidades que otros y hay quienes en la carrera de la vida llevan peso mayor que sus competidores, nadie lo puede negar. No sería aventurado ir más lejos aún y reconocer el hecho de que esta situación, provisionalmente considerada aquí como excepcional, es común a todos los pueblos de la tierra. Pecaría de superficial y a un mismo tiempo de redundante esta exposición si tratara yo de demostrar este hecho bien conocido. Baste recordar que las organizaciones más poderosas, los grupos más sabiamente constituídos para pesar en elecciones por la compra de votos, o que disponen de elementos para crear opinión pública a que llegan a ejercer influencia en el personal del Poder ejecutivo o en las mayorías parlamentarias, logran muy a menudo que la política nacional siga direcciones y asuma formas que significan verdadero privilegio y que no pocas veces van en contra de la voluntad general bien manifiesta, pero no eficazmente articulada. Hay ejemplos muy recientes, que no citamos porque son obvios y porque queremos conservarnos en un plano de serenidad inalterable.

Debilidades de la democracia

Y he aquí, señores, una de las más salientes debilidades del sistema democrático. Es tal que, aun cuando ello parezca implicación, negando lo que por definición se afirma, es fácil sostener con abundancia de documentos que las democracias son más propicias a la creación de privilegios y a la gravedad de los daños ocasionados por esos privilegios que algunos sistemas de gobierno hoy condenados y en los cuales una voluntad absoluta y un poder ilimitado están fiscalizados por una rígida moral, moral que reina con más imperio y menos obstáculos cuanto es más limitado el número de los que a su regencia se someten.

El régimen de la conducta va íntimamente unido con un profundo y claro sentido de responsabilidad personal. La responsabilidad, y con ella el imperio de la moral, se diluyen y se debilitan mientras mayor es el número de los que asumen la primera y al segundo someten su albedrío. Es muy difícil que en las masas humanas cada individuo componente sepa desprenderse del conjunto y arreglar su conducta al concepto de una responsabilidad personal que a él

sólo corresponde y que los demás no pueden compartir. Cuando las multitudes asesinan, cada hombre que en ellas está es asesino, pero, por lo general, no lo sabe.

Se ha dicho que los académicos escriben buenas novelas y las academias compilan malos diccionarios. Si este aserto es fundado se debe en buena parte a la distribución de la responsabilidad. Esta misma distribución ocurre en las democracias y debe asentarse en su débito como elemento de debilidad.

Agrávase este mal con lo transitorio del poder, otro factor que debiera producir bienes y a menudo resulta en desastres. El que obtiene un privilegio que puede desaparecer al cambiar el gobierno, procura obtener el mayor provecho posible en el poco tiempo durante el cual está seguro de gozarlo. De aquí que los escándalos, los malos manejos, los peculados, los abusos de poder que ocurren en los países democráticos, sean por lo común de enormes magnitudes. En los gobiernos estables, los gobernantes y los favoritos que usan de la maquinaria gubernativa en provecho propio, siguen un sistema de explotación regular y, pudiéramos decir, moderada, si esta expresión no resultara chocante en relación con el tema; y los sufrimientos de los explotados son menos agudos, como que nadie quiere que se extinga hoy aquello de lo que piensa obtener utilidad mañana.

Estamos muy lejos de condenar a la democracia en razón de estas dos grandes debilidades : distribución de la responsabilidad y poca duración del poder. Ellas mismas contienen el germen de la corrección de los males que causan. En primer lugar, de entre muchos responsables habrá de destacarse alguno que se imponga por el vigor de su intelecto y la alteza de su virtud; y en segundo lugar, cuando el gobierno presente es malo, siempre queda en manos del pueblo, teóricamente al menos, el poder de cambiarlo por otro. Es verdad también que entre los cuerpos colegiados y en las masas puede imponerse — y con mucha frecuencia esto sucede — el hombre de menor mérito, pero poseedor del prestigio oropelesco que deslumbra a las multitudes; y si bien a veces surgen hombres que hacen olvidar la frecuente mediocridad de los congresos, también con frecuencia surgen los ríspidos demagogos que hacen casi suspirar por los tiempos de Felipe II. Y también es verdad que aunque, teóricamente, repito, el pueblo puede cambiar a sus gobernantes, nunca ve en el porvenir nada mejor que una mera incógnita. Con mucha razón se duelen los pueblos de que terminan su período los gobernantes sabios y buenos y de que las leyes les pongan trabas para conservarlos más tiempo en el poder. Pero no es razonable maravillarse

de que la voluntad del pueblo sufra tales ofuscamientos que ponga en el poder a hombres nulos o francamente perjudiciales.

Si bien no sería justo asumir actitud condenatoria, sí es propio exigir una revisión de valores, un examen desapasionado de hechos y un serio esfuerzo para establecer garantía de que los gobiernos que reclaman origen tan alto como lo es la voluntad popular, no sean servidores de privilegiados, sino bienhechores de todos; y esto sin retrocesos, sin interrupciones. La humanidad lleva muchos siglos de estar haciendo ensayos de gobierno : tiempo es ya de que demuestre que algo ha aprendido y que sus trabajos y sus dolores no han sido vanos.

Elemento particular : « Gobierno por el pueblo »

Pasando al otro elemento esencial de la definición de Lincoln : « la democracia es el gobierno del pueblo por el pueblo », caemos desde luego en un análisis — que haremos muy a la ligera — de las presentes dificultades del sistema representativo.

Antes de hacerlo debemos, sin embargo, mencionar de paso la forma fundamental del gobierno democrático : aquella en la cual todo el pueblo decide sobre algún punto esencial de gobierno. Tal ocurría en las viejas democracias municipales, en que los ciudadanos eran pocos y podían ir a la plaza pública a escribir en conchas el nombre del favorito de ayer, que hoy debía ir al destierro, o a oír la noble elocuencia de aquellos inimitables maestros de la oratoria que hacían pensar y sentir sin que la luminosidad del pensamiento ni el impulso de la emoción se menoscabaran mutuamente. Y tal ocurre en las nuevas democracias nacionales, cuando por referéndum o plebiscito se pide directamente al pueblo su parecer sobre asuntos de capital importancia. El primer caso pertenece a la historia y en los tiempos modernos sólo es excepcional; y el segundo sólo ocurre de tarde en tarde y en circunstancias nada comunes; pero ambos deben tenerse bien presentes para los efectos de comparaciones necesarias.

La democracia municipal, o más bien, la democracia con alcances meramente municipales — especialmente en poblaciones pequeñas y compactas — es fácil de comprender; y la facilidad de su práctica y la frecuente felicidad de sus medidas contribuyeron poderosamente al prestigio que asumió la palabra « democracia » al través del tiempo. En las ciudades helénicas aparecen grupos relativamente pequeños, estudiando problemas comunes y resolviéndolos con la cooperación de todos.

En ellas se notan los elementos siguientes :

A. Conocimiento. — Es requisito indispensable para las prácticas democráticas el conocimiento de los problemas que afectan a todo el grupo gobernado. También se requiere el conocimiento de las condiciones que en cada localidad imprimen modalidades peculiares a los problemas o a los procedimientos que deban seguirse en su resolución. Es indispensable hasta un conocimiento de las características individuales de los distintos grupos constitutivos de una democracia. Este conocimiento existió en las pequeñas democracias helénicas. Los ciudadanos eran más o menos vecinos; se trataban diariamente y podían discutir los distintos asuntos en contactos personales y directos. El conocimiento se acentuaba por la organización gremial. Había hasta barrios o calles enteras dedicadas a los miembros de cierta profesión. Estos podían dar expresión a los intereses comunes con suficiente acopio de datos y de reacciones personales.

Todavía se repiten estas condiciones en las pequeñas democracias del Renacimiento. Pero a medida que se ensanchó el alcance territorial de las organizaciones democráticas, este conocimiento se fué dificultando más y más. En los tiempos modernos la desorganización de los gremios y la dificultad de los contactos personales se cuentan entre lo numerosos obstáculos que se oponen a un juego libre de intereses y de opiniones.

El sistema federal no basta para eliminar estos inconvenientes, pues los estados o provincias confederados todavía son demasiado grandes para que el conocimiento sea perfecto, y no están capacitados para concurrir en el gobierno central con una representación adecuada de los intereses y aspiraciones de sus respectivos pueblos.

Tampoco puede considerarse que haya eliminado esta dificultad la portentosa maquinaria de la prensa moderna, que tanto ha ayudado a que los pueblos se conozcan unos a otros. A pesar de ella — y sin mencionar el analfabetismo, que la hace ineficaz en proporción considerable — el espíritu de provincialismo, por atenuado que esté, todavía existe y tiene manifestaciones muy ruidosas en los congresos cuando los diputados piensan de preferencia en el distrito que los eligió y permanecen sordos a los intereses de las demás secciones de su país. Por otra parte, la prensa desempeña dos papeles, además del importantísimo de difundir informes. Por el primero interpreta la opinión pública. Por el segundo la crea y la dirige. Profesa, por lo general, el ser predominantemente intérprete; pero en realidad su papel más importante es el de creadora y directora. La mayoría de los ciudadanos que leen modelan sus

opiniones de acuerdo con la prensa que reciben, y siguen a su periódico favorito. Esto impone muy altos deberes y hondas responsabilidades a la prensa. La prensa constituye un serio peligro para las instituciones sociales y políticas cuando cae en manos de especuladores sin conciencia, que compran o fundan periódicos para servir a determinados intereses y no para servir a la nación.

Aun suponiéndola como una institución perfecta, su alcance es todavía muy limitado; y aun en los países más abundantes en periódicos no se puede decir que la prensa haya llegado a hacer convivir dentro de un espíritu realmente nacional a los habitantes de regiones apartadas.

Las distancias, por otra parte, crean un sentido indefinible de lejanía que debilita el interés por lo que ocurre en regiones que se encuentran más allá del alcance de las actividades normales del ciudadano.

En consecuencia, si el conocimiento de los problemas y de las condiciones en que viven los habitantes de una democracia es indispensable para que ésta funcione bien, debemos reconocer que, si bien puede haber prácticas democráticas casi perfectas en cuanto a asuntos municipales se refiere, es muy difícil que las haya en cuanto toca a los asuntos nacionales. Como correcciones podrían señalarse una moralización estricta de la prensa, que sólo la prensa misma puede realizar; una difusión más completa de los periódicos de carácter informativo redactados, no sólo con el objeto de dar la sensación del último crimen, sino de explicar a todo el pueblo en todas partes los asuntos que interesan a todos; la multiplicación de las escuelas y la construcción de caminos. Pero sería mucho esperar que aun con la prensa, las escuelas y los caminos perfectamente desarrollados, llegara a establecerse ese completo conocimiento que es indispensable para una perfecta democracia.

B. Interés en los problemas de carácter general. — Es muy humano el que cada uno se interese por lo que le toca de cerca y haga poco aprecio de lo que no ve o de aquello cuyas consecuencias no son inmediatas. Hay cuestiones que tienen el poder de sacudir a los ciudadanos semidormidos y hacerlos ir a las ánforas a expresar su voluntad; pero por regla general, el interés que manifiestan los votantes no es suficiente para probar que la práctica del voto, tal como existe, garantiza una perfecta expresión de la voluntad nacional.

Según estadísticas publicadas últimamente, en elecciones recientes la proporción de votantes ha variado en los distintos países, sin

que en ningún caso haya llegado a ser igual al número de los ciudadanos, como no sea en la ciudad de Nueva York, en que en cierta ocasión votó un 108 por ciento de los votantes que existían. Pero esta maravilla no es digna de ser imitada.

Las proporciones mayores de votantes han aparecido en Australia y Nueva Zelanda, en donde se ha llegado a un 84 y 90 por ciento de los ciudadanos. En Alemania, en la primera elección del Reichstag, bajo el gobierno republicano, votó el 75 por ciento; en 1924 el 80 por ciento, y en 1925 el 82 por ciento. Pero Alemania está pasando por uno de esos momentos en que todas las energías se concentran de manera casi febril para realizar fines comunes.

Después de estos países encontramos que sólo Suiza ha llegado por excepción a tener un 85 por ciento de votos, mientras que los países que ven hacia el mar del norte (Dinamarca, Holanda y Bélgica) han tenido variaciones desde el 60 al 90 por ciento, con un término medio de 75 por ciento. En la Gran Bretaña la proporción es más o menos la misma, pues en 1924 votó el 76 por ciento de los electores. En Francia y el Canadá se presenta un promedio de alrededor de 70 por ciento; en Italia, de 64 por ciento; y en el Estado libre de Irlanda la proporción sólo alcanza al 60 por ciento.

Viniendo a los países de América, encontramos que el término medio de votantes en la región cercana al Río de la Plata es de 65 por ciento. Ultimamente en Méjico se ha afirmado que el voto casi llegó al 50 por ciento y, por último, en la democracia considerada como modelo, la de los Estados Unidos de América, tanto en 1920 como en 1924, para elegir presidente apenas votó el 50 por ciento de los electores. Y como la prensa es muy abundante en los Estados Unidos y las escuelas y los caminos también lo son, hay que reconocer que a la falta del conocimiento de los problemas que ya vimos siempre existe, se ha unido en los Estados Unidos una falta muy grande de interés en la práctica del sufragio.

El interés, sí existe siempre en materias meramente municipales: la luz de las calles, el agua que se bebe, la escuela para los niños, el desagüe, la limpieza pública, los abastecimientos de los mercados, las condiciones sanitarias; todo esto afecta a los habitantes de una municipalidad directamente y todo esto indudablemente atraía a las multitudes griegas y del Renacimiento como todavía hoy atrae a los que viven en las poblaciones pequeñas; pero en las naciones de gran extensión territorial parece imposible conservar el interés, aun suponiendo una ilustración suficiente.

En los Estados Unidos se hace constante labor de propaganda para obtener el voto. Hay organizaciones que tienen por objeto

sacar avante cierta medida o cierto candidato, luchan por obtener votos y lo logran. Muchas veces la falta de interés suficientemente activo para expresarse en el voto ha sido causa de que en los Estados Unidos se aprueben medidas que después resultan de difícil aplicación y hasta caen en el olvido, como lo demuestran algunas reformas constitucionales que son letra muerta. Debe, pues, apuntarse entre las debilidades de las democracias modernas la dificultad o, más bien, la imposibilidad de mantener constante el interés de todos los ciudadanos en todos los asuntos que interesan a la vida de la nación.

C. Simpatía entre los hombres. — En donde todos se conocen, los intereses de uno impresionan vivamente a los otros. Pocos quedarán causar un sufrimiento al vecino a quien conocen, con cuya familia tienen contacto y hasta quizá parentesco más o menos cercano. Los vecinos que se ayudan mutuamente todos los días en las cosas pequeñas están más en aptitud de comprenderse mutuamente, de asumir una actitud más desinteresada, de ver el punto de vista de los demás y de ceder en parte de sus exigencias, para servir a la comunidad. No se necesita un espíritu muy altruista para que esto ocurra, cuando hay fácil contacto entre los hombres; pero no sucede cuando esta intimidad falta. Siempre será muy difícil en los Estados Unidos, por ejemplo, que el neoyorquino, con su vista dirigida a Europa, con sus industrias locales peculiares bien desarrolladas, tenga el mismo punto de vista que el granjero de las Dakotas o de Michigan, el plantador de Louisiana, el minero de Arizona, o el habitante de California siempre enamorado de sus costas y de sus sierras iluminadas por el sol. Como consecuencia de esta falta de simpatía podemos citar la dificultad con que se tropezó durante la guerra para armonizar la opinión de las distintas secciones del país. Los del Este querían la guerra mucho antes de que los del centro y los del oeste hubieran sentido la menor inclinación a tomar parte en el conflicto de Europa.

Sólo la multiplicación de los contactos puede crear una simpatía nacional, siempre mucho más limitada que la existente entre los que forman grupos pequeños. Esta imperfección es otra de las debilidades de la democracia. No vale referir el hecho de que cuando los hijos de un mismo país se encuentran en el extranjero, o cuando al ir de viaje juntos ven la bandera nacional, se sienten unidos y poseídos de mutuo amor, en primer lugar, porque en esto hay mucho de lirismo y se pueden citar muchos casos de individuos que huyen de sus paisanos en el extranjero por razones que no son de

decirse aquí; y en segundo lugar porque éste no es un estudio de la manera cómo sienten los viajeros o los desterrados, sino de las condiciones interiores de las organizaciones democráticas.

D. Fiscalización y censura. — En las agrupaciones pequeñas, los que ocupan los puestos directivos tienen en frente los ojos de todos los que los elevaron al poder con sus votos, y están sujetos a la censura inmediata de sus vecinos. El gobernante se preocupa de obrar bien más por los que lo ven que por los que no lo ven, y apenas por referencia quizá lleguen a saber lo que hace. Esta vigilancia es constante y eficaz cuando se sabe que las medidas del gobernante afectan a uno directamente, como ocurre en las municipalidades; pero no lo es tanto cuando las medidas pueden perjudicar a los que viven lejos y quizá ni siquiera tengan manera de ver que esas medidas se tomen o se dejen de tomar. Muchas veces en los países democráticos se dan decretos o disposiciones ejecutivas que perjudican a toda una sección del país y que permanecen porque las demás secciones, y especialmente las que han estado cerca de los gobernantes, no han tenido interés ninguno en censurarlas o evitarlas.

E. Sanciones. — Es cierto que en las democracias nacionales se dan casos de que los que abusan del poder sean llamados a juicio y aun condenados; pero la sanción más poderosa es la que consiste en que el conocido, el amigo de ayer, señale a uno con el dedo y pueda decir que uno ha defraudado su confianza. La opinión del que está lejos, y a quien nunca se ve, no pesa tanto como la del vecino de la misma calle, la de los hijos de la misma ciudad. El hombre infiel a su misión ya no puede ir a los mismos lugares a alternar con los amigos de antes; tiene que esconder su vergüenza o que abandonar su ciudad. En los países grandes, como que este sentido de responsabilidad y este temor a la opinión pública se atenúan y se adormecen, con irse de una ciudad a otra dentro del mismo país, muchos que han reunido grandes fortunas por medio de prácticas deshonestas, viven rodeados de tranquilidad y aun de respeto.

División geográfica. Minorías

Todos estos defectos y otros que pudieran señalarse se agravan con dos faltas de organización que ya se han señalado con frecuencia y que todavía no se han remediado propiamente. Es la primera

la división de los países en distritos electorales sin más razón que la razón geográfica, que indudablemente tiene menos importancia que otras. Más eficaz será siempre el representante de un gremio o de una profesión, o de intereses semejantes, que el representante de un distrito en donde todos estos intereses están fraccionariamente contenidos. Esto produce la imposibilidad de una preparación técnica suficiente de parte de los representantes del pueblo, y la predominancia de los políticos profesionales que con un barniz superficial de conocimientos agitan y dirigen a las multitudes y producen esa falta de madurez, ese empirismo lleno de vacíos y ese abrumador caos de legislación, que están atosigando a las democracias modernas.

Es la segunda la exclusión de las minorías. No se ha determinado bien la parte adecuada que en el gobierno debe dárseles para que tengan la ingerencia que deben tener en el manejo de los asuntos del país.

Estos dos defectos van corriéndose paulatinamente y es de esperarse que lleguen a quedar eliminados por completo; es decir, que haya una representación de intereses, más bien que una representación de localidades, y que toda minoría de peso suficiente tome parte activa en el manejo de los destinos nacionales.

Cuestiones sociales

En este examen ligero de los regímenes democráticos no puede dejar de mencionarse, y aun debe dársele lugar de primordial importancia, a lo que por falta de otro término mejor llamaremos las cuestiones sociales. Desde luego, es a todas luces evidente que la organización política debe ser una expresión, un derivado de la organización social; y que a medida que la organización social va modificándose por la ley inexorable del progreso, la organización política debe también modificarse para corresponder a ella.

Es muy común, ahora que se combaten tanto las supersticiones de origen religioso, crear supersticiones de otra naturaleza. Una de ellas es la que consiste en suponer que hay principios políticos eficaces por virtud propia para realizar la felicidad de los pueblos. Este error no tiene cabida en mentes medianamente cultivadas; pero todavía vemos que en muchas revoluciones nacionales se sigue tomando como bandera algún principio político, sin pensar si corresponde o no al estado de la sociedad del país. La vida del continente americano durante el siglo XIX y principios del siglo XX

ha sido una serie de convulsiones sangrientas, muchas de las cuales no han tenido más origen que el propósito de imponer organizaciones políticas teóricas a pueblos que no estaban preparados para ellas por su condición social. Lo que algunos pueblos habían adquirido por medio de siglos de transiciones normales y evoluciones pacíficas quiso imponerse en este continente por medio de revoluciones políticas. No juzgaremos estas revoluciones ni mucho menos las condenaremos. Han desempeñado su misión, y las ganancias que produjeron podrán ayudarnos a juzgar con indulgencia los errores y crímenes con que se mancharon.

Ultimamente hemos tenido un ejemplo doloroso, pero muy elocuente de estas sacudidas trágicas. La República mejicana ha pasado por quince años de dolores tales que, si las naciones como naciones lloraran, el mundo entero derramaría lágrimas al presenciar los sufrimientos de Méjico. El principio de esta sacudida fué una revolución de carácter político; y durante quince años no han faltado *leaders* y caudillos que sigan diciendo que lo esencial de esta revolución ha sido la conquista del voto. Uno de los jefes de la revolución, Emiliano Zapata, en cierta ocasión, dijo : « El pueblo mejicano no quiere el voto; lo que el pueblo mejicano quiere es comer ». Y esta fué una gran verdad. La revolución de Méjico se ha ido haciendo, aunque parezca paradoja, sin que muchos de sus mismos caudillos supieran hacia dónde iba ni qué era. Fué una tremenda revolución social. El pueblo tenía hambre y rompió un sistema que lo tenía sujeto a media ración. Es verdad que después de tantas convulsiones aun esa media ración perdieron muchos de los combatientes; pero también es verdad que todos los síntomas indican que está creándose una maquinaria política que corresponde a las conquistas sociales realizadas en principio por la revolución, para hacer que estas conquistas se conviertan en un estado práctico de mayor bienestar.

A los gobiernos de los países que todavía de vez en cuando sienten sacudidas revolucionarias podría aconsejarseles que pusieran el oído más cerca del corazón de sus pueblos respectivos, y descubrieran la posibilidad y la probabilidad de que a la serie de las revoluciones políticas que establecen sistemas transitorios, sujetos a los resultados de nuevas sacudidas, llegue a suceder una revolución social con proporciones de catástrofe, que altere completamente todos los valores actuales y haga lo que el filósofo del cuento, que oyó a los escalones de arriba de una escalera tratar con desprecio a los de abajo y cambió la posición de la escalera poniendo la parte de arriba en contacto con el suelo y la de abajo en la cúspide.

Evolución de las democracias

Mencionaremos de paso el proceso normal evolutivo de las democracias para darle el lugar que le corresponde en estos apuntes. Los gobiernos de origen popular se inspiran en el principio, en lo general muy acertado, de que mientras menos intervenga el gobierno en la vida del pueblo, esta vida será mejor. En otros términos, en los pueblos hay un juego de choques, fricciones y reajustamientos que producen como resultado el paso de una forma de vida a otra más adelantada. Dejar que ese juego se efectúe con toda libertad es el principio más sano en que pueden inspirarse los gobiernos. Pero se da a este principio alcances y aplicaciones que merecen el examen crítico de espíritus despreocupados. Efectivamente, este juego de actividades en conflicto y este reajustamiento deben permitirse sin que por esto se ponga en peligro la seguridad de nadie, especialmente de los que no están interesados en el conflicto, cosa que frecuentemente se olvida.

Créese demasiado en la eficacia de las sanciones que impone la opinión pública, sin recordar que estas sanciones vienen a corregir males para lo futuro, pero en general no indemnizan de males pasados. Pueden dos ejemplos ilustrar estas afirmaciones : el primero es la serie de conflictos entre el capital y el trabajo. Hay industrias en que estos conflictos afectan a determinados capitalistas y a determinados grupos de obreros. De esta lucha resulta una situación que puede o no ser mejor para unos o para otros. El público puede muy bien permanecer como espectador, porque los perjuicios que sufre no son de tanta consideración que constituyan daño apreciable. Pero hay casos en que los conflictos no deben permitirse. Cuando ocurrió uno entre la policía de la ciudad de Boston y el gobierno de esa ciudad, y la policía se declaró en huelga, la represión fué enérgica y recibió la aprobación del país entero. Cuando se irroga un perjuicio general, por ejemplo, cuando en el invierno, en que se necesita carbón para conservar la vida del pueblo, estalla una huelga de los mineros de carbón u ordenan un paro los propietarios de las minas, se comete un crimen contra el bien público y no debe esperarse a que los intereses en conflicto lleguen a armonizarse por medio de un juego natural. En este caso hay intereses mayores que no hay derecho a sacrificar nunca. Lo mismo puede decirse con respecto a los medios de transporte y a todas las industrias llamadas generalmente de utilidad pública : las que con mayor fundamento ciertos pensadores desean ver nacionalizadas.

El segundo caso es el de ciertos grupos inspirados en el fanatismo, que quieren obligar a los demás habitantes de un país a pensar y a proceder de acuerdo con líneas establecidas por esos grupos. Estos, como ha ocurrido en algunos casos, no vacilan en atacar a las personas y a las propiedades, o por lo menos en aterrorizar al público, y en expulsar de ciertas localidades a los que no piensan como estos individuos organizados.

Esperar a que la opinión pública los abruma con su condenación es traicionar los intereses generales del pueblo.

Decididamente, hay casos en que no debe esperarse la acción de la opinión pública, opinión que, por lo demás, como ya hemos visto, ofrece poca garantía de completa ilustración y de dirección acertada. En casos como éstos las medidas deben ser enérgicas y prontas, como son enérgicas las medidas que se toman en la nave que se hunde.

Muchas veces, los reajustamientos requieren generaciones para realizarse. Las masas ciegas van por senderos que no ven, se extravían y se hunden; y el mundo se encuentra ante el dilema de dejar que la masa siga sin más dirección que la que le den los que tratan de ilustrarla con los medios tan deficientes que hoy existen, o de establecer temporales tiranías o dictaduras que las sometan a cierta disciplina y las conduzcan a su propia salvación.

Tiranía individual y tiranía colectiva

Ninguna de estas dos soluciones es satisfactoria, indudablemente. Nadie puede recomendar el establecimiento de tiranías que, por bien intencionadas y bien dirigidas que sean, pueden degenerar y asumir formas que la historia nos ha enseñado con justicia a temer. Por otra parte, solamente hay una cosa más terrible que la tiranía individual, y es la tiranía ciega de las chusmas. En este dilema la humanidad no sabe qué hacer y solamente presenta esta pregunta para que la resuelva quien pueda : ¿Hay derecho a sacrificar la generación presente para dejar que se efectúen esos reajustamientos que producirán, según creemos, felicidad para las generación venideras? Que cuando una nación está oprimida por otra o por un tirano, mande a lo mejor de sus hijos a morir para obtener libertad, se explica, como se explican las medidas heroicas en los momentos críticos. Pero cuando hay libertad, entonces ya no se puede justificar la sangre ni las hambres ni los dolores ni las miserias alegando que sirven para producir nada mejor. Insistimos en que en tiempo

de libertad no hay misión más alta para los hombres que la misión de vivir. Los héroes de estos tiempos no son los que mueren por causas que ya han triunfado o por ideales que nuestra mente forja y otros tal vez destrozarán, sino los que viven de la manera más alta para así acumular tesoros de bondad, de virtud y de belleza que pasarán a las generaciones subsecuentes.

Posible solución apuntada en tendencias actuales

¿Puede apuntarse alguna respuesta a esta tremenda pregunta que la humanidad se hace? ¿Es posible evitar a un mismo tiempo los peligros de las tiranías y los desencadenamientos de las masas excitadas y ciegas? Negar que esto es posible es atribuir limitaciones a la inteligencia y al carácter humano de grado que no se puede aceptar. Que es posible, ya está demostrado con hechos que pueden descubrirse aquí y allí, y que revelan la aurora de una nueva organización de los pueblos, en que la maquinaria que administra irá más de acuerdo con las necesidades de los administrados. Citaremos dos casos, que entre otros pueden servir para demostrar esta aseveración.

En los Estados Unidos va extendiéndose un sistema, establecido ya por algunas municipalidades y que, a pesar de las dificultades de todo lo que principia, ha dado resultados suficientes para demostrar su mérito. Hablo de los administradores de municipalidades, que en inglés se llaman *city managers*. Estos individuos tienen preparación técnica suficiente para garantizar conocimiento de los problemas de organización municipal y pueden atender al manejo de una municipalidad con la eficacia y los buenos resultados con que el gerente de una gran industria puede manejar los intereses a su cargo. Después de todo, hay mucha analogía entre una asociación de capitalistas para establecer y explotar una industria y una asociación de ciudadanos, también capitalistas, por las contribuciones que pagan, para manejar una municipalidad. Si este sistema demuestra eficacia suficiente, podrá extenderse a otras divisiones de carácter político.

El otro ejemplo es el del número cada vez mayor de consultores técnicos asesores de las distintas comisiones establecidas por las cámaras legislativas. Ya los diputados no pretenden poseer sabiduría infusa ni se ponen a resolver problemas nacionales según su inspiración y su buena voluntad. Ahora, y cada vez más, buscan la opinión de los expertos en cada punto sobre el cual han de legis-

lar, y a esa opinión se atienen. Casi puede decirse que en cada ley salida del Congreso de los Estados Unidos, bautizada con el nombre del senador o diputado que la presentó, va el producto del pensamiento de un hombre técnicamente preparado.

La esperanza de las democracias y la fianza mejor de su supervivencia como sistema político consiste en dar cabida cada vez mayor a la ciencia en los asuntos administrativos. Cada departamento quedará en manos de sabios. La autoridad de estos sabios se fundará en su sabiduría, no en el voto de los electores. Es evidente que hay sabiduría fuera del alcance de las masas. La afirmación de que la voz del pueblo es la voz de Dios tiene limitaciones que a todos nos es fácil reconocer. Cada día se establece más y más, en vez de la autoridad del voto, dada por multitudes excitables, poco ilustradas, presa de los demagogos, la autoridad de los principios de la ciencia, que no se alteran ni por la elocuencia de los oradores ni por las pasiones de las multitudes.

Fácil será comprender cómo por medio del desarrollo de este sistema podrá ir poco a poco substrayéndose el poder del elemento meramente político de los gobiernos, e irá creciendo el poder del elemento técnico. Podemos muy bien imaginarnos que dentro de una o dos generaciones llegará el momento en que los pueblos estarán administrados dentro de principios establecidos por la ciencia, bajo la dirección de hombres cuya competencia esté completamente garantizada, y para el bien de todos. No habrá cuestiones de gobierno que apasionen más ni menos a las multitudes. Los hombres vivirán su vida, desarrollarán sus actividades y sabrán que toda limitación que se oponga a sus movimientos no será el resultado de intereses, de influencias o de abusos de otros, sino el fruto de un análisis objetivo, desinteresado, que marca caminos seguros a las sociedades.

Esta situación, que bien podemos profetizar, será resultado de un método para la elección de estos directores de la humanidad, si se permite llamarlos así. Hoy, el político imprime a su propaganda sello de excitación para arrastrar a las multitudes, o bien hace uso de una maquinaria bien organizada para llevar a las ánforas números de votos previamente conocidos con bastante aproximación. Entonces, el director será escogido por otros procedimientos, tendrá que obtener una preparación técnica suficiente y tendrá que demostrarla por medio de pruebas bien establecidas. Será la administración pública una verdadera carrera profesional; y así como en las otras carreras profesionales los candidatos obedecerán a su vocación y serán eliminados si son ineptos, así en la carrera política sus vocaciones los impulsarán y sus deficiencias los eliminarán. Hoy

también, los políticos lo son por vocación; y hay muchos hombres, y entre los mejores del pueblo se encuentran, que por ningún motivo quieren tomar parte en la cosa pública. Esto será así siempre. ¿Por qué, pues, no establecer que los que tengan vocación para la administración pública reciban una preparación tan rigurosa o más rigurosa que los que tienen vocación para la medicina o para la ingeniería?

Podría pensarse en el peligro de que con la creación de estos *leaders*, cuyo número vemos de hecho aumentar cada día se formara una aristocracia. Es fácil destruir esta alarma. El elemento fundamental objetable de la aristocracia es una duración del privilegio más larga que la duración del mérito. En el mundo siempre ha habido y siempre habrá aristocracias. La aristocracia mala es la del hombre que por haber realizado una acción meritoria obtiene un privilegio que cubrirá abusos ulteriores y que extenderá esta protección al hijo y al nieto y a incontables generaciones de hombres que podrán ser muy buenos y también podrán ser muy malos. Nadie regatea la recompensa al mérito personal. Nadie puede negarse a seguir al conductor que merece conducir. El administrador público bien preparado durará en su puesto mientras sea apto para desempeñarlo; y los bienes que realice no se traducirán en recompensas especiales para sus hijos o nietos.

Al dar testimonio de este fenómeno y no manifestar alarma por él, quizá provoque la acusación de no recomendar que los asuntos de interés público apasionen a las multitudes. En realidad esta materia presenta dos aspectos. El bien público debe apasionar a todos; el método para resolver los problemas de interés público no debe ser objeto de pasión sino de estudio sereno y decisión ilustrada. El cirujano puede y aun debe amar a la humanidad doliente; pero no debe poner pasión sino ciencia en los movimientos del escalpelo. Menos desaciertos hubieran cometido las naciones si al dar los pasos más trascendentales de su vida hubieran sido guiadas maduramente por la ciencia y no empujadas atropelladamente por la pasión.

Al hablar de las aptitudes de los conductores de pueblos no he olvidado, y quiero mencionarlas aquí, siquiera sea para hacer ver que no las he olvidado, las aptitudes morales. No es sabio el que no une a la ciencia la más pura moral. Los pueblos habrán de protegerse contra aquellos en quienes la inteligencia haya ido más allá que el espíritu. Cuando esto suceda, y bien podemos suponer que habrá de suceder, veránse en conjunción, en los directores de pueblos, la ciencia y la moral trabajando para coordinar los intereses nacionales y para coordinar estos intereses con los de los otros pue-

blos para obtener un grado más alto de civilización. Que esto no es un sueño, los hechos que hemos referido y que indican esta tendencia lo demuestran. Y si es un sueño, ¿por qué no hemos de soñar en una humanidad más serena y más bella? ¿Por qué no hemos de soñar, ya no en ese conflicto y reajustamiento de intereses que hoy se pregona, sino en la coordinación por la ciencia y el amor?

Resumen

Podemos resumir los resultados de este examen como sigue :

1. La justificación de las instituciones sociales es la suma de felicidad que producen.

2. Las instituciones democráticas, tales como hoy existen, adolecen de defectos fundamentales de difícil o imposible corrección.

3. El origen de la autoridad está y debe seguir en el pueblo. Los métodos para ejercer esta autoridad van evolucionando y habrán de alcanzar formas distintas de las de hoy, que no deben considerarse como definitivas.

4. Sin dejar de procurar corregir las deficiencias que hoy se oponen al buen funcionamiento de las instituciones democráticas, conforme a la condición fundamental de que la democracia es el gobierno por el pueblo, deben aprovecharse y ensancharse los medios que se van empleando más y más cada día, y que consisten en poner los ramos de la administración pública que lo requieran en manos de hombres técnicos preparados y escogidos conforme a reglas cuidadosamente formuladas. Al principio de « elección » debe acompañar en la proporción necesaria el principio de « selección ».

5. Al principio de « conflictos y reajustamientos » debe acompañar en la proporción necesaria el de « coordinación » en la organización y funcionamiento de las instituciones.

6. La carrera de la política debe exigir preparación rigurosa y garantías estrictas para que los intereses de los pueblos no queden en manos de la impericia ni de la perversidad.

Conclusión

Que las democracias actuales tienen lacras y debilidades, está a la vista de todos; que los remedios aplicados a estas debilidades no parecen tener eficacia completa, también es evidente; que la humanidad no puede detenerse y hacer de sus sistemas políticos estra-

tificaciones y formas invariables, nadie puede negarlo; que producirá organizaciones más altas y más adaptadas a las necesidades sociales, todos lo esperamos y en ello creemos. Yo, aquí, no pretendo ofrecer remedio alguno. He pretendido solamente presentar unos breves apuntes sobre la situación actual y lo que ella autoriza a esperar para un porvenir no lejano.

Nosotros, los de mi generación, ya vamos pasando; nos ha tocado nuestra parte de sufrimientos y de miserias en este juego de intereses sociales. No sentimos amargura por ellos. Por lo que hemos gozado nos vamos agradecidos; de lo que hemos sufrido no nos dolemos, porque el sufrimiento es camino de perfección; pero sí debemos presentar estos problemas a la juventud que en las universidades aprende más que ciencias, métodos; más que resultados, caminos; para que esta juventud desapasionada, en el sereno recinto de la ciencia, estudie los problemas sociales y los problemas políticos, y busque las soluciones que darán más felicidad a la humanidad, con menos sacudidas, con menos sangre y con menos miserias. Ya la humanidad ha sufrido mucho. La juventud de hoy va a hacer la humanidad de mañana; y no podrá hacerla sino con los ojos muy abiertos por la ciencia y el corazón muy abierto por el amor. Depositamos en ella, completo, nuestro tesoro de todo lo que hemos soñado; y avanzamos contentos hacia el lugar en donde reposará nuestro cuerpo y de donde se elevará nuestro espíritu, confiados en que detrás de nosotros vienen quienes realizarán obra más noble y más bella.

EL PANAMERICANISMO Y SU RAZON DE SER

Señores :

Introducción. — El tema que voy a desarrollar en esta conferencia ha sido objeto de tantos estudios y comentarios, tantos elogios y tantos ataques; y ha sido causa de tantas tergiversaciones, lirismos y especulaciones de todo género, que bien se puede vacilar antes de acometer su desarrollo y bien se puede eludir a quien a tal empresa se dedica. Por mi parte, no vacilo en confesar con franqueza que si se me invitara a oír una disertación sobre panamericanismo, como sé de memoria todo lo que sobre este asunto se dice, sólo aceptaría cuando hubiera razón bastante para esperar una presentación nueva del asunto o algún comentario original. Y como no creo singular mi actitud espiritual en esta materia, y supongo que muchos

de vosotros la habéis ya de antes asumido, siento mi gratitud doblemente obligada por vuestra presencia aquí.

Muy aventurado sería esperar que os presentara fases nuevas de este asunto tan traído y llevado. No es ese mi propósito. Sólo tengo a la vista la calidad del auditorio para adaptar a éste, a su preparación mental, una exposición de hechos y de inferencias que ya requieren trabajo de concentración, de clasificación, de coordinación, de análisis y, sobre todo, de selección y depuración, para ver qué es harina y qué es afrecho en lo que hasta hoy se ha dicho, y qué saldo positivo nos queda de este caudal de pensamiento tan plagado de adulteraciones y, sin embargo, tan abundante en cosas sanas y buenas. Vosotros estáis capacitados mejor que nadie para este análisis. Podéis contemplar el tema con actitud objetiva, sin que la pasión modifique vuestro juicio. Lo que vosotros decidáis será lo que perdure. Otros seguirán declamando en pro y en contra del panamericanismo. Vosotros conoceréis sus méritos y sus debilidades y vosotros, al fin y al cabo, asumiréis el papel director que os corresponde en esta materia. Si en nuestra conversación de hoy atisbamos alguna nueva luz, por pequeña que sea, eso habremos aumentado a nuestro acervo mental. Si alguna vez un hondo sentimiento pone temblor en nuestros labios, esperamos que no desviará nuestra razón. Si en lo que ya poseemos arrojamos más claridad, a modo de que los perfiles se destaquen con más precisión y las figuras asuman contornos y colores más verdaderos, tendremos la satisfacción de un bien realizado aun cuando sea dentro de órbita muy modesta.

Definición. — La palabra *panamericanismo* no ha sido muy afortunada, pues por su estructura resulta muy análoga a expresiones tales como panhelenismo, pangermanismo, paneslavismo y otras que llevan, si no expresas, sí connotadas, ideas de consolidación, de unificación de razas y de eliminación de fronteras. De aquí que esta palabra en algunos despierte la sospecha de que significa una consolidación de los pueblos de este continente en un pueblo mayor, cosa que repugna al buen sentido de los hijos de América, y que repugna más aun si en lugar de significado de consolidación de pueblos se le da el de absorción de pueblos débiles realizada por un pueblo más poderoso. Desde luego, los que primero han usado y los que hoy usan la palabra panamericanismo no han tenido la intención de darle tal significado. Si fuéramos a escoger un término más adecuado, nos aventuraríamos a indicar que el vocablo *interamericanismo* sería más aceptable en nuestro concepto y menos ocasionado a producir resquemores nacionalistas.

Para definir el panamericanismo tenemos que establecer las tres

bases en que se asienta. Es la primera, una bien clara y bien respetada soberanía de los estados americanos, absolutamente iguales los unos a los otros dentro de lo que por igualdad se entiende en el derecho internacional. La segunda, es la conciencia de una comunidad de intereses en todos los pueblos de América. La tercera, es el reconocimiento de que sólo por medio de un estudio sereno y de una colaboración cordial pueden resolverse los problemas comunes a este continente. Por consiguiente, podríamos proponer como definición del panamericanismo la que sigue : El panamericanismo es la expresión de la voluntad de las naciones soberanas de América de estudiar sus problemas comunes y de ayudarse mutuamente para resolverlos. Si esta definición es correcta, de ella tendrán que derivarse consecuencias aceptables para todos. Si es incorrecta, y si el panamericanismo significa en lo más mínimo merma de soberanías, actitudes apasionadas en contra del estudio sereno e imposición de voluntades unilaterales o fomento de odios entre pueblos, entonces es inútil estudiar el asunto; y entre los que deserten de las banderas del panamericanismo el que os habla se sentiría honrado en ocupar un puesto de primera fila.

Los tres elementos que hemos considerado en esta definición nos llevan de la mano por el estudio de este tema. Antes de emprenderlo, sin embargo, nos permitiremos decir, a guisa de introducción, unas palabras acerca del origen y el desarrollo del movimiento panamericanista.

Origen del panamericanismo. — El continente americano, como factor en la cultura humana, ha tenido un solo origen en todas sus regiones. Cuando Colón descubrió esta tierra, estaba en parte dividida en imperios y en parte poblada por tribus de rudimental o nula organización política. La obra de la conquista y de la civilización fué una misma, fuera en los imperios o en las tribus mal organizadas. Fué obra de conquista y de civilización, en la que se mezcló lo más alto con lo más bajo del hombre para producir algo que poseía, en distintas regiones, diferencias no bastantes para deshacer la unidad armónica del todo. Del virreinato de la Plata hasta las misiones de California la obra fué una, sin que excluyamos ese núcleo de civilización portuguesa, que tan bellamente se ha desarrollado en el Brasil, porque no incurriremos en la pequeñez de poner de relieve insignificantes diferencias entre dos culturas que forman en el fondo una sola : la gran cultura hispana.

La lejanía de la madre patria, los abusos cometidos por muchos de los que de Europa venían a este continente, hicieron que desde un principio se agitaran en las colonias ideas de emancipación. Estas

ideas no fueron patrimonio de un solo pueblo ni siquiera de los pueblos de una sola raza. Tanto resentían el dominio español los de los virreinos, capitanías generales y audiencias, como los inmigrantes sajones que hallaron refugio en la tierra norteamericana resentían el dominio de Inglaterra. La idea de emancipación, puede decirse que es la primera idea en la que todo el continente americano coincidió. Luego, las colonias inglesas del norte obtuvieron su libertad y, sea oficial o extraoficialmente, ayudaron a las colonias españolas para hacerse libres. En las luchas por la independencia se mezclaron los hijos de distintos países. De esta nación salió San Martín con sus argentinos para dar libertad a Chile; y argentinos y chilenos, bajo la misma dirección, fueron al Perú a atacar el último reducto que en estas tierras conservaba el dominio español. Y allí todos lucharon y se sacrificaron con igual valor para romper el último trozo de cadena que ataba al continente americano. Los que buscan las fuentes verdaderas del panamericanismo deben ir más allá de la doctrina de Monroe y del congreso de Panamá; deben ir más hondamente que adonde alcanzan las declaraciones de principios y los consejos de las naciones; deben buscarlas en los campos de batalla en donde América luchó, y murió, y conquistó su libertad. Si pueden distinguir la sangre del argentino o del chileno, o del peruano de la sangre del colombiano o aun de la del norteamericano, pues también hijos del norte lucharon por la libertad de las tierras del sur, que se levanten y digan con justicia que el panamericanismo es algo artificial, algo egoísta, algo que tiende a fomentar ambiciones imperialistas. El panamericanismo nació libre de mancha. Fué su cuna el campo de batalla común. Su carne y su sangre son la carne y la sangre de todos los héroes americanos; su alma es una profunda conciencia de un origen común, de ideales idénticos y de destinos iguales.

Después de estos combates vino la época dolorosísima de la organización de lo existente. Pueblos que se habían unido para luchar por la libertad se desunieron por intereses divergentes. De la Gran Colombia surgieron tres naciones. La confederación Perú-Boliviana nunca llegó a establecerse. Reconocen un mismo origen tres naciones que baña con sus aguas el río de la Plata. Los esfuerzos de confederación centroamericana hasta hoy no se han logrado. El congreso de Panamá no fué más que una bella actitud de América. En Méjico han aparecido de vez en cuando tendencias separatistas y una gran parte de ese país se desprendió del tronco y ahora forma parte de otra nación. Pero, sobre todas estas disoluciones, ha flotado siempre el principio panamericanista inspirador de todos los pró-

ceres de este continente que han tenido una clara visión de los destinos de América.

Ese principio inspiraba los sueños de Bolívar. Ese principio ha hecho que a pesar de su falta de resultados prácticos no pueda considerarse como un fracaso. verdadero el congreso de Panamá. Ese principio, por fin, ha hecho que las naciones de este continente, aun en medio de las desavenencias que puedan existir entre unas y otras, asuman actitud de defensa solidaria ante el peligro de una agresión.

De entre las declaraciones que más han sido comentadas, y que con nuestro tema se relacionan, se destacan dos : la llamada doctrina de Monroe y la declaración de Sáenz Peña.

Algunos han querido ver contradicción en ambas declaraciones ; y digo que han querido, porque sólo por un esfuerzo de la voluntad puede verse esta oposición. Se ha reducido la declaración de Monroe a una forma lapidaria : « América para los americanos », y la declaración de Sáenz Peña a estas palabras : « América para la humanidad ». No sólo la segunda declaración complementa la primera, sino que es su consecuencia ineludible. El más somero análisis basta para demostrar este aserto.

El nacimiento de los Estados Unidos de América como nación libre significó el comienzo de un experimento en cuyo buen éxito estaban muy interesados todos los estadistas norteamericanos. Se trataba de ver si era posible que existiera y progresara una nación, sin la tutela de Europa y bajo instituciones a las que Europa, por lo general, era ajena. Las instituciones establecidas en el resto del continente por España eran marcadamente distintas de las que servían de base a los Estados Unidos ; y aun cuando los Estados Unidos tenían que declarar su respeto hacia instituciones ya existentes en América, habían de considerar como un peligro para sus instituciones y su propia existencia el que se extendieran en estas tierras sistemas políticos europeos. Las palabras de Monroe constituyeron una declaración unilateral, por la cual se advertía a los países europeos que los Estados Unidos habrían de resentir el establecimiento o la extensión de sistemas que ponían en peligro el grande experimento nacional que en aquel país se llevaba a cabo.

Al amparo de la doctrina de Monroe la independencia del continente americano se consolidó. Europa comprendió que tenía que abstenerse de intervenir en esta tierra ; y, como los países que aquí se constituyeron con las colonias españolas se dedicaron a realizar el mismo experimento que en los Estados Unidos se realizaba, resultó que todo el continente, con declaraciones explícitas o sin ellas,

adoptó una actitud de repulsa contra los sistemas europeos. Lo que constituía un peligro para los Estados Unidos lo constituyó también para todas las naciones de América. Ninguna nación de este continente puede ver con indiferencia el que se establezca de este lado del Atlántico un sistema político análogo a aquellos en que se inspiró la Santa Alianza y que todavía se encuentran, más o menos modificados o atenuados, en Europa. En otros términos, para decirlo en breves palabras, el continente americano quedó consagrado a dar a sus hijos, naturales o por adopción, la libertad, el respeto a sus derechos y todas las oportunidades posibles para realizar su propia felicidad.

Los Estados Unidos se habían dedicado a realizar este propósito desde que obtuvieron su independencia, es decir, desde mucho antes de que se formulara la doctrina de Monroe y, como resultado, habían obtenido una gran corriente inmigratoria y se habían convertido en el hogar de toda la humanidad, siempre que al venir a gozar de las oportunidades y derechos que ese suelo ofrecía a sus hijos naturales o adoptivos dejara detrás, en las naciones de origen, las instituciones políticas que no tienen cabida en esta tierra.

Más tarde, el ilustre Sáenz Peña formuló la generosa aserción de que América es para la humanidad. Así como la doctrina de Monroe sirvió para proteger un estado de cosas ya establecido, la aserción de Sáenz Peña sirvió para formular en frase inolvidable, lo que constituye la esencia, la inspiración y la vida misma del continente americano.

El elemento autóctono y el elemento inmigratorio aquí viven con igual derecho. Basta con que los que de fuera vienen pongan su pie en esta tierra, para que gocen de la libertad y de todos los derechos que las instituciones americanas conceden a todos los hombres. Después de cumplir con ciertas condiciones, esos mismos inmigrantes pueden tomar una parte más o menos grande en el manejo de los asuntos públicos.

Que América es para la humanidad, ya lo habían demostrado los norteamericanos antes de la doctrina de Monroe. Que América no podría ser para la humanidad si no fuera por los principios que protege la doctrina de Monroe, es verdad que nadie puede negar. Por consiguiente, la contradicción entre ambas aseveraciones no existe. La declaración política de Monroe y la declaración humanitaria de Sáenz Peña se consolidan y forman una sola. América abre sus brazos a todos los hombres de la tierra y les da la bienvenida y les ofrece sus tesoros. Todos los hombres pueden venir, pero no pueden traernos ni sus instituciones ni sus banderas.

Más de un siglo ha transecurrido desde que fué formulada la doctrina de Monroe. Durante este siglo mucho se ha atacado y mucho se ha defendido esta doctrina. Ni los ataques ni las defensas pueden en casos como éste tener mucho peso. La afirmación de Monroe no es un convenio, ni un tratado ni un convenio internacional. Es, como lo hemos dicho, una afirmación unilateral. Es una actitud; y esta actitud corresponde a quien la ha asumido conservarla o darle fin. No me explico cómo puede haber alguna nación que quiera que los Estados Unidos hoy vengan a declarar que no consideran como un peligro para su existencia y la de sus instituciones el que las naciones europeas extiendan su influencia sobre este continente, adquieran aquí territorios y planten en parte de esta tierra sus instituciones. Esto sería absurdo. Si las naciones latinoamericanas, como es verdad, son bastante fuertes para protegerse contra invasiones europeas, esto sólo querrá decir que la doctrina de Monroe ya no significa protección para ellas, por no necesitar tal protección. Pero sí significa actitud de defensa de los Estados Unidos, que ese país podrá seguir asumiendo, sin con eso perjudicar a nadie. Es verdad que, por otra parte, se ha recomendado el que la doctrina de Monroe se haga objeto de un tratado interamericano. Tómese o no esta medida, ya hemos visto que la actitud de los Estados Unidos es idéntica a la actitud de los demás países de América, con declaraciones o sin declaraciones, y con tratados o sin tratados.

Los ataques que se han hecho a la doctrina de Monroe, considerándola como capa que disfraza tendencias imperialistas de los Estados Unidos, confunden dos cosas enteramente distintas. Si los Estados Unidos tienen o no tienen esas tendencias imperialistas, eso no invalida ni menoscaba la afirmación de Monroe. Dejamos, pues, a un lado, por lo pronto, el estudiar las pretendidas tendencias imperialistas de los Estados Unidos, pues este estudio no afectaría en nada las afirmaciones que acabamos de hacer con respecto a lo que pudiéramos llamar actitud americana frente a Europa, y que puede resumirse consolidando las dos célebres aseveraciones en los siguientes términos: El continente americano ha abierto sus puertas a toda la humanidad, para que en él encuentre libertad, respeto a sus derechos legítimos y oportunidad para la busca de su dicha; y para la realización de este propósito considera como un peligro la implantación en este continente o la extensión en él de sistemas políticos extraños.

Bases del panamericanismo. — Estudiaremos brevemente cada uno de los tres elementos en que se funda el panamericanismo: 1° soberanía e igualdad de las naciones americanas; 2° comunidad de

problemas; 3º coordinación del estudio de dichos problemas y cooperación para resolverlos.

1. *Soberanía e igualdad de las naciones americanas.* — Todas las naciones de América son soberanas e iguales. Esta afirmación es perfectamente ortodoxa dentro de los requisitos estrictos del derecho internacional; pero seríamos ilusos o voluntariamente ciegos si no reconocieramos que fuera de las relaciones políticas, la naturaleza impone limitaciones a la soberanía y a la libertad de los pueblos. En un consejo de naciones, el voto del representante de cada una de ellas pesa y debe pesar lo mismo que el del representante de cualquiera otra; esto debe ser y esto es en el continente americano; pero hay actos de subordinación que unas naciones tienen que realizar con relación a otras, forzadas por circunstancias económicas o sociales que están fuera del alcance de la influencia de los gobiernos. Hay abundantes ejemplos que están a la vista de todos. Hay países que dependen casi exclusivamente para la venta de sus materias primas y para la compra de productos manufacturados de otras naciones, y tienen que ajustar su vida económica a la vida económica de esas naciones. Tienen que arreglar su moneda estableciendo el cambio en relación con la moneda de otros países; tienen hasta que modificar sus productos o sus sistemas de producción para servir propiamente al país del cual dependen económicamente. Mandan a sus hijos a aprender con maestros que en otros pueblos han podido especializarse en ciertos ramos; copian lo que otros han realizado y de mil maneras viven una vida subordinada en ciertos caracteres que ni merman su soberanía ante el derecho internacional ni constituyen en manera alguna desdoro o humillación.

Socialmente tampoco existe absoluta independencia ni igualdad entre las naciones. En algunas el espíritu cívico se ha desarrollado dentro de ciertas líneas más que en otras, y es muy natural que los países que no han ido tan lejos a lo largo de esos caminos sigan a los que en ellos las preceden. De esta manera se ha establecido forzosamente un grupo de naciones directoras y un grupo de naciones dirigidas; y las naciones directoras, estas *leaders*, como pudiéramos llamarlas, ejercen esta facultad de conductoras de otros pueblos por la fuerza de su propia vitalidad, por las conquistas que han realizado dentro de sus modalidades de organización política o dentro de la vida social, las instituciones penales, la organización municipal, etc. El que haya naciones que en materias sociales sigan a otras, siendo cosa natural y forzosa, no significa tampoco desdoro ni humillaciones.

Es esencial reconocer que en América la igualdad y la soberanía de las naciones deben permanecer incólumes dentro del derecho internacional; sin que las afecten desigualdades económicas y sociales. En todos aquellos casos en que por circunstancias que el plan de esta conferencia me impide analizar aquí, se ha visto más o menos menoscabada políticamente la soberanía de un pueblo, es muy satisfactorio ver el fin de esas situaciones, que nadie en América debe considerar como definitivas, sino como pasos hacia un mejor funcionamiento de las instituciones libres en pueblos que han tropezado con dificultades excepcionales para implantarlas. Sí puede afirmarse, porque la lógica impone esta afirmación y la experiencia la justifica, que todo paso que se dé, todo mecanismo que se establezca para obtener que las naciones de América se reúnan dentro de la más estricta igualdad para estudiar los intereses continentales, será una afirmación nueva de la voluntad de estas naciones de conservar incólume su soberanía y de tratar con las otras de igual a igual.

2. *Comunidad de problemas en América.* — Es lógico suponer que a una analogía tan grande de origen y de instituciones como la que existe entre los países de América, corresponda la existencia de un gran número de problemas comunes. Un breve examen basta para probar que no sólo por las razones apuntadas, sino por otras muchas, es natural que estos problemas existan, y de hecho existen. Entre ellos merecen mención especial los que corresponden a los siguientes grupos :

a) Problemas políticos; b) problemas económicos; c) problemas sociales.

a) *Problemas políticos.* — Estos problemas pueden reducirse a dos principales : el primero es la protección de las democracias americanas contra la extensión de los sistemas políticos europeos; y el segundo, el desarrollo y la evolución de las instituciones democráticas dentro de los países de América.

Que las democracias americanas deben permanecer ajenas a los sistemas políticos europeos, está probado por una larga historia de catástrofes que si en Europa no han servido de lección y escarmiento, a los americanos nos sirven de saludable enseñanza. América nació ayer; no tiene recuerdos que le emponzoñen la vida y que produzcan odios implacables. Estos países jóvenes y vigorosos tienen demasiada energía física y moral para esterilizar su vida en odios de hermanos. Cuando apenas se empieza a vivir, lo futuro atrae y lo pasado poco vale. El tesoro de gloria que en su corta vida estas naciones han acumulado, grande como es, no es nada en comparación con las esperanzas que se cifran en el porvenir. Y al porvenir no se va

con el alma llena de odio, sino de amor. Las rencillas que desgraciadamente existen en este continente, habrán de pasar y los elementos fundamentales que trabajan por la solidaridad habrán de imponerse. No pasa lo mismo en Europa. Europa ha vivido mucho y durante largos siglos ha cultivado rencores cada día más hondos. En Europa las amistades internacionales son alianzas políticas transitorias, mientras que los odios son sangre de la sangre de los pueblos. Europa vive de recuerdos de heridas y de esperanzas de desquites; y todavía no podemos ver el día en que pueda decirse que la juventud de Europa, y aun los niños que en este momento abren por primera vez sus ojos ansiosos de dulzura y de amor, no irán a fertilizar las campiñas con la podredumbre de su carne y de su sangre para satisfacer esos rencores, logrando sólo hacerlos más hondos y crear en otras partes nuevas heridas y nuevas ansiedades de desquite. A estos horrores América debe permanecer inmune. Aquí no hay desquites. Aun las cuestiones territoriales que tan a pecho se toman, pueden resolverse con más facilidad en un continente en donde lo que sobra es tierra y lo que falta son hombres. Hoy, cuando los ejércitos de Europa son mayores que antes de la guerra, y cuando todavía el mundo está convulso de horror y de amargura, no se necesita mucha elocuencia para hacer comprender que América está bien como está con sus sistemas políticos tan diferentes de los sistemas europeos, como son diferentes las modalidades espirituales de los pueblos de uno y otro lado del Atlántico.

El desarrollo de las instituciones democráticas es otro problema político común a América. La democracia no es un sistema firmemente establecido. Hay que tener presente esto para no ponerse de rodillas ante un ídolo, sino estudiar serenamente un instrumento creado para el bien común. La democracia va evolucionando y en cada país de América se pueden presentar, y de hecho se van presentando, problemas que en ese país pueden resolver mejor si aprovecha la experiencia de los otros organizados de manera semejante. Hoy la democracia está pasando por una crisis. Nótese la tendencia a poner cada día más asuntos de gobierno en manos de hombres técnicamente preparados y quitarlos de las manos de los políticos. Los experimentos que en esto vaya haciendo cada país debieran ser estudiados por los demás, para de esa manera evitar los dolores y los tropiezos en que se incurre cuando se experimenta sin guía y sin consejo. En los Estados Unidos la administración de muchas ciudades se ha puesto en manos de ciertos hombres; los congresos se guían más y más cada día por asesores científicos. Las tarifas aduaneras se van haciendo elásticas en varios países y sus movi-

mientos se hacen depender del resultado de los estudios de los estadígrafos, independientemente de las plataformas políticas. En una república de la América del Sur se están haciendo experimentos muy interesantes con cambios de la organización del Poder ejecutivo. Todo lo que una nación hace en América debe ponerse ante todas las demás, para que lo estudien y aprovechen en cuanto sea factible.

b) *Problemas económicos.* — Cada día se hace más fuerte la trabazón económica entre los países de América. Los últimos años, especialmente los transcurridos desde el principio de la guerra hasta nuestros días, han sido testigos de un rapidísimo aumento en la fuerza de estos nexos económicos. Los comerciantes, agricultores o industriales que antes acudían a Europa en busca de fondos para desarrollar sus negocios, hoy se dirigen, cada vez en mayor número, a los Estados Unidos. La potencia económica de los Estados Unidos es hoy enorme, y es natural que ese país se haya convertido en el banquero del mundo. Los Estados Unidos también han adquirido gran preponderancia en ciertas industrias. Allí se ha realizado el milagro de que se paguen los más altos salarios a los obreros y se obtengan productos que pueden venderse en los otros mercados con ventajas de precio y calidad. Esto se debe a maravillas de eficiencia y organización realizadas por una aplicación cada vez más intensa de la ciencia a la industria. Esta preponderancia económica, que es natural, no debe inspirar desconfianzas. Los que quieren mantener a los pueblos latinoamericanos en actitud zahareña contra los Estados Unidos a causa de esta influencia económica, yerran y hacen mucho mal, porque los nexos económicos existirán contra la voluntad de todos los estadistas y aun contra la voluntad organizada de los pueblos. Toda medida que se oponga a ellos fracasará sin dejar más huella que amarguras y desconfianzas que dificultarán una cooperación benéfica para todos. Los países productores de materias primas, los países en que ni el capital ni la industria fabril han llegado más allá de cierto límite, tendrán siempre que obtener capital y productos manufacturados en donde se les ofrezcan con mayores ventajas. Esta dependencia realmente no es tan unilateral como se trata de hacer ver, pues los países industriales también dependen de los países que producen la materia prima. Dígalo sino la actual crisis de la industria de la goma en los Estados Unidos, industria por la cuál ese país depende de Inglaterra, pues Inglaterra, debido a sus colonias, es hoy la mayor productora de goma. Dígalo sino la profunda impresión que ya ha producido en los Estados Unidos la valorización del café realizada por el Brasil, por la cual el pueblo

norteamericano, gran consumidor de este producto, ha resultado tributario de los cafeteros paulistas. Los Estados Unidos, dentro de sus propias actividades legítimas, podrán oponerse o talonar; pero no por eso van a creer en una absorción política de parte de Inglaterra o de parte del Brasil. Estos conflictos y reajustamientos tendrán que continuar mientras no se establezca una mejor coordinación de los elementos económicos del mundo. La solución no es la lucha, es la coordinación. Los Estados Unidos necesitan las pieles y la lana que les mandan los países del valle del Plata; el café del Brasil, Colombia y la América Central; los nitratos de Chile; los metales del Perú y Bolivia; el cacao del Ecuador y Venezuela; las frutas de los países que rodean el mar de las Antillas; el azúcar de Cuba y el petróleo de Méjico. Suprímase esta ayuda de la América Latina a los Estados Unidos y la máquina pasmosa de aquel país, que tanto admira el mundo, se desplomará en añicos. La América Latina necesita a los Estados Unidos : necesita sus capitales, necesita sus automóviles, sus máquinas de coser, sus derivados del petróleo, sus especialidades en aquellos asuntos en que los Estados Unidos han adelantado más que cualquier otro país del mundo.

Esta comunidad existe, no porque nosotros la queramos, sino ajena a nuestra voluntad, a pesar de toda oposición; y, por consiguiente, exige de todos los hombres serenos y de buena voluntad que estudien los problemas que a toda América impone esta solidaridad a efecto, no ya de mantener una guerra económica, muchas veces tan desastrosa como una guerra con ejércitos, sino de establecer una coordinación benéfica para todos.

c) *Problemas sociales.* — A toda organización política tiene que corresponder una organización social. Seríamos más exactos si, invirtiendo los términos, dijéramos que toda organización política debe ser la expresión de un estado social. Sea que entre nosotros las organizaciones políticas expresen estados sociales o que sean postizos mal adheridos, tenemos que tomarlas como existen, y ver de conseguir una adaptación entre las estructuras políticas y las estructuras sociales. Esto ya establece una comunidad de problemas sociales. Pero aun cuando esto no fuera, si América está dedicada al desarrollo de instituciones democráticas, también está dedicada a la producción de los más altos niveles de vida a que puede aspirar el hombre. Todo problema de mejoramiento de la vida que se estudie, no para reprimir legítimas aspiraciones, sino para encaminarlas, desarrollarlas y aun crearlas, cuando todavía no existan, siendo un problema de todo el mundo, es más intensamente un problema americano. Se incluyen en él asuntos tales como la legis-

lación del trabajo, la administración de la enseñanza pública, la delincuencia, la pre-delincuencia de los niños, el tratamiento de los anormales, los sistemas penitenciarios, los problemas de inmigración y, en suma, todos los problemas que tienen que presentarse a pueblos como éstos, abiertos a todos los hombres y forzados a recibir elementos que deben coordinarse y asimilarse, a la vez que poseen población propia que en muchos casos aun no ha alcanzado tipos de vida como los que se requieren en una perfecta democracia. Ya se ve una tendencia en todos estos países a estudiar juntos tales problemas. Si algunos expertos economistas de los Estados Unidos han ido a naciones latinoamericanas a darles el beneficio de su experiencia y de su conocimiento, también tenemos expertos sanitarios, ingenieros, educadores, agrónomos y otros hombres de ciencia en las repúblicas del sur, no para enseñar con arrogancia, sino para decirles lo que en los Estados Unidos se ha aprendido a través de los tanteos y los desaciertos de una larga experiencia. Estos hombres han sido contratados por los gobiernos o por instituciones de la América Latina y no significan una invasión política de los Estados Unidos. Nosotros también tenemos en los Estados Unidos muchos hijos de la América Latina que nos están enseñando, aun cuando quizá no hagan tanto ruido. Pocas son las ciudades grandes de los Estados Unidos en donde no haya un educador, un músico, un artista, que de la América Latina ha ido allá a deleitar y a elevar la vida estética de aquel pueblo. Hace poco, el público de Washington admiraba la voz de unos artistas mejicanos. En esa misma ciudad hay varios músicos latinoamericanos. En Nueva York hay dibujantes famosos de origen hispanoamericano y también hay escritores que de estos países han ido a convertirse en directores del pensamiento del pueblo del norte. Allá se citan filósofos sudamericanos. Un eminente estadígrafo argentino es autoridad en materias económicas y los deportistas latinoamericanos obtienen fama y aplausos en las arenas norteamericanas.

3. *Coordinación del estudio de los problemas americanos y cooperación para resolverlos.* — Admitida la comunidad de problemas políticos y sociales en el continente americano, y teniendo en cuenta el contacto que entre los pueblos de este continente impone la naturaleza misma, así como la similaridad de origen, y comunidad fundamental de instituciones, es necesario admitir que la mejor manera de buscar solución a las dificultades que se presentan ante el avance de los jóvenes pueblos de América, es una combinación de esfuerzos tanto de investigación como de aplicación o, en otros términos, es necesario, en primer lugar, coordinar el estudio y, en segundo lugar,

cooperar para llevar a cabo las conclusiones a que se llegue.

Así se ha comprendido desde un principio. Son innumerables los casos en que los estadistas de América, y no sólo ellos, sino también los sabios de este continente, se han dedicado al estudio de problemas tales y han obtenido resoluciones que se han llevado a cabo con buen éxito. Entre los ejemplos más notables debe recordarse el estudio de los problemas sanitarios y el esfuerzo combinado para resolverlos. A esto se debe la eliminación casi total de la fiebre amarilla en este continente; la campaña victoriosa que se está llevando a cabo contra el paludismo; las obras de saneamiento que distintas ciudades están emprendiendo en vista de la experiencia de las ciudades de otros países; y las considerables obras realizadas en los puertos, no sólo para facilitar las operaciones de carga y descarga, sino también para hacerlos inmunes a las enfermedades.

Debe recordarse también la organización de cuerpos de juristas que regular y sistemáticamente estudian los problemas políticos de América. Lo han hecho con tanto éxito que ya se puede afirmar la existencia, en forma muy precisa, de una contribución considerable del continente americano al derecho internacional. Esta contribución no es sólo un agregado al derecho internacional en general, en doctrinas y principios, sino que es también la adición de puntos de vista, de métodos de interpretación genuinamente americanos, establecidos después de estudios hechos por eminentes juristas de este hemisferio. En las labores de esta naturaleza no sabríamos separar del conjunto los nombres de Root, John Bassett Moore, Ruy Barboza, Epitacio Pessoa, Antonio S. de Bustamante, James Brown Scott, Estanislao S. Zeballos, Alejandro Alvarez, Luis Anderson, Francisco de la Barra y muchos otros que, sea alrededor de la mesa de estudio y conferencia, o por publicaciones hechas independientemente, han acrecentado el tesoro de doctrinas, principios y puntos de vista del derecho internacional con contribuciones netamente americanas.

Sirva también de ejemplo el intercambio de opiniones y conocimientos científicos cada día más activo entre nosotros. Expertos financieros, agrícolas, en ingeniería, sanitarios, educadores y de otro género ayudan en los estudios de las distintas materias presentadas a la consideración de los estadistas de todos los países.

En estos momentos se está organizando una de las reuniones más importantes que ha presenciado el continente americano. La prensa de los Estados Unidos está invitando a la prensa del continente entero, para que se reúna en los Estados Unidos a estudiar en todas sus fases la situación presente y la misión futura de ese

poderosísimo instrumento de cultura y de democracia que ha sido tan eficaz para el desarrollo y la evolución de las instituciones americanas. Cuando los periodistas de América se reúnan y estudien estas materias podrá decirse sin hipérbole que está ocurriendo uno de los acontecimientos más trascendentales de la época presente. La prensa es creadora y directora de la opinión pública; pone en contacto a los hijos más distantes de una nación, unos con otros, y con los pueblos más lejanos de la tierra; hace a los hogares más apartados sentirse parte del hogar más grande de la patria y del hogar inmenso de la humanidad; es el pilar del humo del día y la columna de fuego de la noche que guía a la humanidad en su azarosa marcha por la tierra; con los progresos que ha alcanzado en el siglo XIX y lo que va del siglo XX se ha constituido en el más poderoso elemento constructivo y en la más temible arma de destrucción que la humanidad ha hallado en su camino. En el Congreso de la prensa americana se estudiará la mejor manera de que esta maravillosa organización de la prensa, cuyo cerebro es el cerebro de la humanidad misma, cuyas manos alcanzan hasta los últimos rincones de la tierra y en cuyo corazón palpita el corazón de todos los hombres, use su fuerza incontrastable sólo para producir más belleza, más virtud y más vida en este mundo en donde la belleza tanto ha sufrido en manos de sayones, la virtud suele cotizarse a precio tan bajo y la vida con tanta frecuencia no es más que « miseria de la vida », como dijo el poeta. Desde cualquier lugar en que un hombre se encuentre, por exaltado que sea, y no hay lugar más alto en el terreno del pensamiento que la tribuna universitaria, el saludo a la prensa es merecido homenaje y debido acatamiento.

Otras ocasiones pueden citarse en que el Continente Americano ha pensado junto y ha decidido proceder en consonancia con el resultado de ese pensamiento. Algunas instituciones han resultado permanentes. Entre ellas la que más se destaca es la conocida con el nombre de Unión panamericana.

La Unión panamericana es una organización en que todas las repúblicas americanas, con igual representación, pueden estudiar los problemas que les son comunes. Sus modos de actividad son varios, siendo el principal de ellos la difusión de informes relativos a todos los países representados. Parece que el principio fundamental de la Unión panamericana es éste : « Conocerse es estimarse y respetarse »; y ella trata de establecer y desarrollar este conocimiento mutuo. Tiene su sede en Washington, pero no está sometida a la influencia del Gobierno de los Estados Unidos, pues

está regida por los representantes diplomáticos de América en Wáshington, o por representantes especiales en caso de falta de representante diplomático. El presidente de la junta gubernativa es uno de los miembros de la misma junta, elegido por los demás. El edificio en que tiene sus oficinas es propiedad de la Unión panamericana y no de los Estados Unidos. Ninguno de sus empleados está sometido en nada al gobierno de ningún país en particular. Todo esto hace que la Unión panamericana tenga perfecta libertad de acción, sujeta sólo a las decisiones de su junta gubernativa. La Junta se reúne periódicamente y toma sus acuerdos como se toman en todos los cuerpos deliberativos. Esta institución ha sido objeto de muchos ataques; pero ha sobrevivido a todos ellos y es de esperarse que al fin todos reconocerán su utilidad. Seguramente nadie puede decir que haya ocasionado ningún perjuicio a un pueblo de América; y pueden presentarse listas interminables de actos realizados por ella en beneficio de uno u otro de los países de este continente.

De más reciente creación es la Alta Comisión interamericana, cuya esfera de estudio es más limitada que la de la Unión panamericana, pues le están vedados los asuntos de carácter político. Su especialidad es el estudio de materias de carácter económico, a efecto de establecer una coordinación que favorezca el intercambio comercial entre los pueblos del continente. Contribuye a la preparación de las conferencias de carácter técnico en asuntos económicos y de legislación; estudia los convenios que se proponen sobre materias de esta naturaleza a todos los pueblos de América; y procura que se lleven a cabo las decisiones tomadas por las conferencias panamericanas en los asuntos en que su intervención es propia. Tiene una sección en cada país de América, compuesta de nueve miembros, uno de los cuales, el presidente, forma parte del gabinete. Su Consejo central ejecutivo hoy reside en los Estados Unidos por decisión de la misma alta comisión. Esta puede decidir, cuando le parezca, el cambio de residencia del consejo.

Las mujeres del continente también se han organizado para estudiar los problemas americanos y contribuir a la resolución de los mismos. Los adelantos políticos realizados por las mujeres en algunos países han sido estudiados en los otros, y las importantes actividades que la mujer desempeña en cuestiones sociales delicadísimas son objeto de investigación en toda América. La mujer, hasta hace poco retraída, si no del estudio, por lo menos de la intervención activa en asuntos de interés público, aun cuando su papel esencialísimo en el hogar siempre le dió predominancia en

el mundo, ha salido de su retraimiento, y ahora contribuye con el hombre al examen y la resolución de las cuestiones que preocupan a la humanidad. Ya se hace sentir hondamente la influencia de la mujer en la vida pública. Ciertas ramas muy importantes de la legislación social en los tiempos modernos han sufrido reformas radicales debido a puntos de vista y al siempre acertado sentimiento de la mujer, que por inspiración divina ha ido más lejos en muchos casos de lo que ha podido alcanzar la razón del hombre. No puede pensarse en el futuro de la humanidad sin tener muy en cuenta el papel cada día más importante que desempeñará la mujer en los asuntos públicos. La mujer americana ofrecerá su contribución como mujer y como americana, y esta contribución será el resultado de la coordinación de pensamientos y de esfuerzos que las mujeres de este continente están realizando.

Por último, ya se han celebrado en América tres congresos científicos, en los cuales, por lo menos, se ha establecido un conocimiento personal entre los leaders del pensamiento americano, conocimiento que, al producir mutuo respeto, ha influido grandemente en la recíproca estimación de los pueblos y es prenda de mayor firmeza y consistencia en las relaciones de éstos.

Oposición a este movimiento. — En cada reunión de estos grupos interamericanos; durante cada gestión tendiente a producir mayor acercamiento entre nosotros, se alzan de vez en cuando las ríspidas voces de los eternos descontentos, de los sembradores de odios, los que se deleitan en la fácil tarea de depositar semillas de mal, ya que, al fin y al cabo, otros vendrán a realizar la penosa tarea (o a fracasar en ella) de arrancar cardos y cizañas para que la buena planta crezca y dé su fruto. Es tan fácil destruir y es tan fácil conquistar un aplauso destruyendo, que no es de extrañarse que esta labor tenga tantos adeptos. No hablo aquí de los hombres de alta mentalidad que sinceramente creen que en el panamericanismo hay un peligro y así lo expresan con energía. Disiento de sus opiniones, pero los respeto y los oigo con el acatamiento que merece su alteza intelectual.

La oposición al movimiento panamericanista se ha concentrado alrededor de dos formas esenciales : primera, oposición al panamericanismo por considerársele un peligro para los pueblos latinoamericanos y, segunda, desarrollo del iberoamericanismo como tendencia opuesta al panamericanismo. Examinaremos brevemente cada una de estas formas :

Primera : *El panamericanismo como un peligro para los pueblos latinoamericanos.* — El peligro que algunos ven en el panameri-

canismo tiene tres fases principales : a) absorción de los pueblos latinoamericanos por los Estados Unidos; b) ejercicio de una preponderancia étnica y de cultura tal de parte de los Estados Unidos que las naciones latinoamericanas pierdan sus características distintivas; c) ejercicio de una preponderancia económica que reduzca a las naciones latinoamericanas a meros satélites del « coloso del norte ».

a) *Absorción política*. — Se funda la oposición al panamericanismo por razones políticas en el hecho de que el gobierno de los Estados Unidos ha intervenido de manera más o menos honda y directa en los asuntos interiores de algunas repúblicas centroamericanas y de las Antillas. La enmienda Platt ocupa lugar prominente en estas consideraciones, cuya base pudiera formularse así : La intervención de los Estados Unidos ha menoscabado la soberanía y la libertad de esos pueblos. Descartando las solicitudes de intervención que llegan a los Estados Unidos de parte de nacionales de algunas repúblicas latinoamericanas, y que reducen en algo las proporciones de esta acusación, debemos ver con claridad si ha habido realmente un menoscabo de soberanía y de libertad en los pueblos en que los Estados Unidos han ejercido o ejercen cierta intervención. *Menoscabar* quiere decir, si yo entiendo bien esta palabra, reducir, disminuir la magnitud de una cosa que existía antes con determinadas dimensiones. Sinceramente no creo que los Estados Unidos hayan menoscabado ni la soberanía de los países en que han intervenido, ni la libertad que en ellos haya podido existir. Circunstancias desgraciadas habían hecho que en algunos de estos países la vida resultara difícil para sus ciudadanos y se viera en peligro de desaparecer la nacionalidad misma, ahogada en desorden y anarquía, y de aquí resultó la intervención. Esta ni ha sido unánimemente condenada por los pueblos intervenidos ni ha sido permanente. Los Estados Unidos han salido de la República Dominicana y de Nicaragua, y nadie puede decir en justicia que hayan dejado en esos países una situación peor que la que encontraron. El propósito del gobierno de los Estados Unidos es retirar su intervención de Haití y es la esperanza de los ciudadanos americanos que las circunstancias impidan nuevas inge-rencias de esta naturaleza en lo futuro.

Para afirmar que la enmienda Platt menoscaba la libertad de Cuba es necesario decir qué medida de libertad gozó Cuba antes de la enmienda Platt. De ser colonia a ser pueblo libre, aun con la enmienda Platt, no puede vacilarse en la elección. El presidente actual de Cuba, en el viaje que hizo por los Estados Unidos

antes de tomar posesión de su alto cargo, declaró que haría todos los esfuerzos posibles para demostrar al pueblo y al gobierno de los Estados Unidos que Cuba está en aptitud de gobernarse sin la enmienda Platt y que entonces pedirá al gobierno americano, cuya amistad y cuyo desinterés él ha reconocido, un acuerdo por el que se retire dicha enmienda. Si eso se logra, Cuba habrá dado un paso más hacia el goce pleno de su soberanía, sin que esto quiera decir que hasta ahora haya dado ningún paso atrás. La enmienda Platt no es un menoscabo de soberanía; es una escuela de libertad. Por lo demás, en la práctica, ni el libre ejercicio de los derechos de los ciudadanos, ni la igualdad perfecta de Cuba ante las demás naciones del mundo han sufrido en realidad. ¿No fué hace poco presidente de la asamblea de la Liga de las naciones el eminente delegado de Cuba, doctor Cosme de la Torriente? El tratado de la isla de Pinos, ratificado hace poco tiempo por el Senado de los Estados Unidos, sirve también para demostrar que el pueblo de los Estados Unidos se inspira en sentimientos de estricta justicia y de moralidad internacional en cuanto a sus relaciones con Cuba.

Un examen desapasionado de todos los elementos de esta situación producirá juicios menos severos sobre la política de los Estados Unidos con respecto a los países en que han intervenido transitoriamente y procurado crear condiciones mejores que las que encontraron. Téngase presente que yo no defiendo esta política. La estudio sólo desde el punto de vista de la base que puede dar a acusaciones y a desconfianzas de parte del continente americano.

Los Estados Unidos tienen toda la tierra que necesitan y se han dado cuenta de manera bien clara de que su interés en el mundo es más bien moral que material. Ese país se ha dedicado, con desaciertos a veces, si se quiere; con tropiezos, con dificultades, a crear formas de vida más alta; a levantar el nivel de las clases antes destituidas, a propagar la educación del pueblo, a resolver científicamente los problemas sociales; y cuando encuentra una resolución acertada, su primer impulso es mostrarla al mundo para que sirva a todos como ha servido al pueblo americano. Se ha tachado al pueblo americano de codicioso: « Es el país del dólar, es el país que todo lo quiere para sí ». Eso no es verdad. En los Estados Unidos, por lo general, si se ambiciona el poder es para hacer el bien. El débil no puede defender y el pobre no puede dar. Allá se dan millones de dólares a las universidades, a las fundaciones encargadas de hacer investigaciones sociales para mitigar los sufrimientos de la humanidad; a las empresas científicas, a las instituciones de beneficencia. Se simboliza a los Estados Unidos

con esas grandes estructuras de muchos pisos y de arquitectura trivial dedicadas al comercio; pero también podría simbolizárseles en sus universidades, en sus parques, en sus monumentos. Ahora empieza a construirse en una ciudad americana típica, Pittsburgh, un edificio de más de cuarenta pisos; y ése no será un edificio comercial; lo han llamado la catedral del saber, y será parte de la Universidad de esa ciudad. Leía yo hace poco que un individuo de una de las ciudades típicamente americanas, Chicago, tenía ciertas unidades en cantidad tal que puestas una después de otra a la distancia que les corresponde naturalmente alcanzarían una longitud de sesenta millas. Típicamente americanos son la ciudad y este modo de calcular; pero las unidades, señores, eran rosales; eran los rosales de uno solo de los muchos floricultores que ponen la gracia del pétalo y del perfume en las casas de los ricos y de los pobres de esa ciudad. En los Estados Unidos, en donde en el invierno llega a pagarse veinte dólares por una docena de rosas, hay rosas en los camerines de las vírgenes, en las cabeceras de las camas en los hospitales y en las manos de las madres, a quienes se las llevan llenos de amor sus hijos, los hijos de ese pueblo que han dedicado un día del año, como fiesta nacional, a las madres, así como han dedicado otro día del año para dar gracias a Dios por las bendiciones que sobre ellos derrama. De estas cosas se olvidan muchos; pero existen y hay que verlas para formarse el verdadero concepto de lo que es el alma de ese pueblo.

b) *Preponderancia étnica y de cultura.* — Las características nacionales valdrían muy poco si se redujeran simplemente a manifestaciones exteriores o superficiales. El uso de zapatos americanos no vuelve a un hombre americano, como no se vuelven mejicanos los actores de cinematógrafo que se ponen un sombrero ancho del país del Sur. Si en algo ha sido descuidado el pueblo de los Estados Unidos es en propagar las características esenciales de la cultura americana. En los países latinoamericanos se encuentran institutos franceses, alemanes, españoles, ingleses; pero rara vez se encuentra un instituto americano, como no sea la escuela protestante, sectaria, cuya influencia es muy limitada y muy discutida. Lo superficial se cambia sin alterar lo esencial. Si algunos latinoamericanos compran ropa hecha en los Estados Unidos, ciertas clases sociales de los Estados Unidos como de la América Latina se visten en Londres o en París. Si en estos países se enseña el idioma inglés, en los Estados Unidos el idioma español es el que tiene más discípulos en las escuelas. Si aquí se ha pervertido la música con el *jazz* norteamericano, allá son muy populares los aires na-

cionales, las « vidalitas », los « cielitos »; nunca deja de arrancar aplausos *La Paloma*, y ahora están en boga *La Princesita*, *La Casita*, y otras canciones latinoamericanas, sin olvidar el *Ay, ay, ay*, de Osmán Pérez Freyre, y el vals argentino *A las tres de la mañana*. Esta difusión inevitable no cambia las características esenciales de un país, sino que presenta nuevas formas de emoción y de placer que intensifican y enriquecen la vida. Que los latinoamericanos vayan a *ayancarse*, es cosa que no podemos ver ni muy remotamente.

c) *Preponderancia económica*. — Hemos analizado la preponderancia económica en otro lugar, y no hemos de dedicarle aquí más atención sino para decir que esta preponderancia es una de las cosas más movedizas que existen. Los Estados Unidos eran país deudor hace muy poco, y hoy son país acreedor. El desenvolvimiento natural de los pueblos de la tierra cambiará las relaciones económicas de ella, y los países que ejercen hoy preponderancia la cederán a otros mañana.

Segunda : *El iberoamericanismo contra el panamericanismo*. — Últimamente se ha desarrollado un movimiento, que cada día asume mayores proporciones y está mejor organizado, para fortalecer un sentimiento de solidaridad entre los países de origen español y la madre patria. Nada más justo, nada más propio y nada que merezca tener éxito más completo. A ese movimiento me alío yo con todas mis fuerzas. España siempre ha representado para mí no sólo la madre de estas repúblicas de América que a ella deben su existencia, sino también conceptos de arte y de vida que no deben morir sino que deben, por lo contrario, asentarse cada día más firmemente. Pero este movimiento tiene que ser puramente cultural y sentimental. No puede ser político. Desde luego, si España no pudo conservar sus colonias cuando éstas peleaban contra ella en una época en que en la relatividad de la potencia de las naciones del mundo ocupaba un puesto más prominente que el que hoy ocupa, ¿qué esperanza puede tener hoy un pueblo de la América Latina de que en caso de conflicto con los Estados Unidos, España viniera en su ayuda y tuviera, si cometiera esta quijotada, la menor esperanza de buen éxito? Es necesario desengañarnos de que esto no puede ser y de que las naciones, especialmente en los tiempos modernos, ya no andan de redentoras y campeonas unas de otras. Y esto es lo que debe ser. Los gobiernos se deben a sus propios pueblos y no hay para que hacer que la sangre nacional se derrame por intereses de otros. No; el concepto del movimiento iberoamericano es mucho más elevado

y mucho más noble. No está fundado en el odio de los pueblos latinoamericanos a los Estados Unidos. Está fundado en el amor de los pueblos hispanoamericanos a España. El odio a los Estados Unidos no existe. Quieren edificarlo algunos agitadores. Algunos pensadores van hasta la desconfianza, hasta recomendar la precaución, pero no llegan al odio. Entre los pueblos latinoamericanos y los Estados Unidos hay la tendencia cada día más marcada a una convivencia útil para todos, fundada, si no en el amor, por lo menos en la confianza mutua, en el respeto mutuo y en la conciencia de que se obtendrán más bienes por medio de la cooperación que por medio de la agresión y de la desconfianza.

El amor a España sí existe. Y ¿cómo no ha de existir si es la sangre de España la que corre por estos pueblos; si la misma lengua que cantó las hazañas del Cid y que relató las maravillosas andanzas de Don Quijote fué la lengua en que Cortés escribió sus cartas, Fray Bartolomé de las Casas sus apasionadas defensas, los héroes de la independencia hispanoamericana sus manifiestos, y vuestros pensadores de hoy, sus ideas; si su lengua es la lengua con que la mayor parte de este continente dijo sus primeras palabras de amor y elevó sus primeras plegarias al Cielo; si la religión que España implantó en estas tierras con sus apóstoles y sus mártires, es la religión de vuestras madres, de vuestras esposas y de vuestras hijas, y es la religión que vendrá a la orilla de vuestro lecho a daros el último consuelo y a reencender la esperanza dentro de vuestras almas? España y la América española son una familia. España ocupa en vuestros corazones el primer lugar después de vuestra patria. Así debe ser: en el hogar de los hijos, la madre tiene puesto de honor. Las asociaciones de cultura formadas por estudiantes y profesores universitarios para cultivar lo que pudiéramos llamar el espíritu hispano, están haciendo y harán obra noble. Sólo los que creen que este movimiento debe ser movimiento de desconfianzas y de agresiones, están haciendo obra malsana. El mundo necesita estas diferencias, porque no habría nada más desastroso para la humanidad que una monótona homogeneidad de pueblos. Mientras más desarrollada esté entre vosotros una cultura diferente de la de los Estados Unidos, más tendréis que darnos vosotros; más tendréis también que tomar de nosotros; y con lo que de nosotros toméis y a nosotros nos déis, vosotros y nosotros seremos más ricos. Siga este movimiento adelante. En los Estados Unidos también se desarrollan grupos muy numerosos que fomentan el estudio de la cultura española. También en los Estados Unidos se ama a España; también allá se respetan sus

grandezas. El enemigo de ayer ya no existe. En su lugar está la nación viril, digna, culta, que el pueblo de los Estados Unidos respeta y admira.

Factores que se oponen al panamericanismo. — Vamos a citar brevemente algunos elementos que, entre otros, trabajan en contra del panamericanismo.

Uno de ellos es el panamericanismo profesional. En esto, como en todo, han aparecido los que explotan una situación en beneficio propio. Los pueblos hispanoamericanos saben descubrir bien quiénes son sus enemigos y quiénes no lo son. De estos últimos no podemos decir más que lo que dijo el gran poeta cristiano : « mira y pasa ». Los misioneros también constituyen un obstáculo para el panamericanismo. Los hay de varias clases. Los hay que tratan de enseñar a los pueblos de la América del Sur cosas que éstos ya tienen olvidadas de puro viejas. Los hay que vienen a implantar sistemas educativos que aquí resultan postizos, y los hay que vienen a hacer propaganda religiosa, logrando con ello tan sólo ofender los sentimientos de la generalidad y realizar en muchos de los adeptos que conquistan la más triste de las labores, que es la de pasar de la destrucción de una fe a la destrucción de toda la fe. Los hay moralistas que consideran lo distinto malo solamente porque es distinto. Los pasaríamos inadvertidos si no fuera porque publican artículos llenos de apreciaciones erróneas y se presentan en los Estados Unidos como expertos en materias latinoamericanas. Contra este mal no hay más que la corrección que el tiempo impone. El conocimiento de los pueblos latinoamericanos se extiende cada día más en los Estados Unidos y, así como los conceptos erróneos de los Estados Unidos que aquí existen van poco a poco desvaneciéndose, así en los Estados Unidos irán perdiendo crédito las afirmaciones que se hacen en contra de los pueblos del Sur.

Si es verdad que en los Estados Unidos se fomentan y propagan, para servir intereses particulares o por falta de comprensión, conceptos erróneos sobre los países latinoamericanos, también es cierto que de este lado del río Bravo ocurre otro tanto. Es verdad que por acá se estudia la geografía y la historia de los Estados Unidos mucho mejor de lo que en los Estados Unidos se estudia la geografía y la historia de los pueblos del Sur; pero también es verdad que en los pueblos del Sur no falta quien preste oído y cordial acogida a la expresión de ideas totalmente equivocadas sobre los Estados Unidos. Del pueblo americano resultan grandes los que ya murieron. Nadie rebaja la admiración a Washington

ni a Lincoln. Las ideas sostenidas por el gobierno americano y las empresas humanitarias del pueblo reciben el aplauso general; pero con todo esto hay una subconsciencia, por decirlo así, de peligro, que es muy difícil desarraigar.

Foméntanla algunos europeos que vienen a estos pueblos a hablarles de las amenazas del norte y hasta a encandilar pasiones con irresponsabilidad odiosa. Después de que ellos producen la hoguera se vuelven a su casa; y que se quemen los que aquí se quedan. Ellos, por supuesto, no saben más que los estadistas ni que los estudiantes de la América Latina, pero sí tienen un nivel intelectual mayor que el de las masas de cualquier pueblo y su tarea es fácil. Es natural también que el vecino del poderoso no permanezca ajeno a recelos. Dentro de los mismos países de América hay algunos hombres de buena fe que constantemente advierten el riesgo que, según ellos, corren estas naciones del sur. En algunos casos se ha llegado hasta la verdadera provocación. A un pueblo se le habla de los peligros que corre y se le instiga a constituirse en atalaya y fortaleza que defienda a la América « que cree en Jesucristo y habla español ». Se le asegura que tiene detrás a toda la América y se le azuza. Es necesario que los que tal hacen reflexionen en la falta de fundamento de sus temores en la época presente y en las graves consecuencias que pueden resultar de su actitud. El buen juicio de los gobiernos interesados, por supuesto, habrá de evitar conflictos; pero si llegara a ocurrir alguno entre la Unión Norteamericana y otro país vecino, sin ofensa directa a los demás, ¿hay alguien que crea que los gobiernos de los demás países latinoamericanos habían de aliarse con él y mandarle sus elementos de guerra? Los gobiernos no hacen esto, ni pueden ni deben hacerlo; y el resultado que obtienen los que continúan este movimiento es simplemente retardar el establecimiento de la necesaria cordialidad de relaciones entre todo el continente.

Dijimos la frase de un gran poeta, y no podemos resistir a la tentación de citar el error que en esa frase se contiene, porque es uno de los errores que impiden la cordialidad americana. Dice el poeta que la América española cree en Jesucristo. Los Estados Unidos también creen en Jesucristo; y si en algo se distingue ese país, es en el predominio que da a la vida espiritual, en lo cual no hay nación en la tierra que le supere. Si por creencia en Jesucristo se quiere decir catolicismo, entonces debe tenerse presente que los Estados Unidos de América tienen veinte millones de católicos; y la iglesia de ese país no ha de ser tan insignificante cuando cuatro de sus principales directores tienen dignidad car-

denalicia. Créese que « América del norte » y « protestante » son sinónimos. Eso no es así y, con mayor seguridad todavía, norteamericano y descreído no sólo no son sinónimos, sino que son términos que pueden considerarse opuestos. Quizá a esta fe religiosa tan honda se deba el que los Estados Unidos tengan esos impulsos de hacer bien y muchas veces hasta de hacerlo contra la voluntad del beneficiado, dando con eso origen a sospechas de miras ulteriores. A esa fe religiosa se debe que no haya empresa que parezca irrealizable al genio de ese pueblo. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y el hombre puede crear cosas a la imagen y semejanza de las cosas que Dios creó: He aquí en síntesis la mentalidad de los Estados Unidos.

Conclusión. — Con todo, los factores que favorecen el movimiento panamericano son irresistibles. Están fundados en bases inmutables, tanto, que si América misma, olvidada de sus propios intereses, lo atacara, el panamericanismo triunfaría. Se basa en circunstancias geográficas, analogía de origen, igualdad de instituciones y decisión de conservarlas, comunidad de propósitos e ideales; y también en una comprensión creciente de que el método de coordinación en el estudio y cooperación en el trabajo es superior al esfuerzo aislado, y en una convicción de que el odio es destructor y estéril, y el amor es constructor y fecundo.

América permanecerá fiel a sus instituciones fundamentales, porque ellas le garantizan la mayor plenitud de vida. Bajo esas instituciones dará hogar en su suelo a los que a sus puertas llamen y seguirá creando un tipo más alto de vida, como hasta ahora lo ha hecho. América beberá en las fuentes de saber y de arte que manan en el Viejo Mundo, pero seguirá creando su propio saber y su propio arte. Hogar de la libertad y hogar de todos los que aman la libertad : eso es América. Es la tierra de los americanos de hoy y de los americanos de mañana; de todos los hombres que rechazan una tradición que oprime y sofoca y resuelven vivir vida libre, intensa, completa. América para los americanos; por consiguiente, América para la humanidad.

LA COORDINACION DE LA CULTURA MODERNA

Señores :

Introducción. — Esta noche damos fin a una visita que dejará en mí recuerdos imborrables, por las consideraciones que me ha-

béis manifestado y por la gentil hospitalidad de que me habéis hecho objeto. Me habéis dado la oportunidad de venir aquí para pensar en voz alta ante vosotros y para recorrer algunos parajes de la vida y del pensamiento : aquellos que place recorrer quieta-mente, lentamente, del brazo de un buen amigo, con la mirada curiosa recorriendo los viejos troncos cubiertos de musgo, las ramas que protegen nidos y los nidos que protegen cantos, y los rincones acariciadores de fresca sombra y los senderos moteados de luz de sol tamizada por el follaje. Aquí se recoge una flor y allí se sigue con la vista el vuelo de una mariposa; y aquí y allí la frase suelta y el pensamiento alado, que también es flor y mariposa, brotan, vuelan y se olvidan. Los pensamientos que en este recinto vuelan con las alas de la palabra pasan ante nuestro sensorio y quizá muy pronto se olviden; pero no habrán sido vanos si dejan en el alma por lo menos un pequeño toque de color y de luz.

Hemos examinado brevemente los fenómenos actuales que ocurren en las democracias constituídas en naciones. Hemos también examinado el juego de estas democracias en sus contactos internacionales dentro del continente americano, esencialmente democrático. Vamos ahora a dar un paso más adelante, a ampliar el círculo de nuestras observaciones y a considerar al mundo en el tiempo y en el espacio, para ver si descubrimos algunos jalones indicadores que nos digan cuál es el camino espiritual recorrido por la humanidad, y que nos permitan sospechar hacia dónde conduce ese camino, en los profundos misterios del porvenir.

Breve ojeada histórica. — El primer concepto de la humanidad aplicado a un agregado político es el de un pueblo único. Hay un pueblo y los extraños a él, todos éstos confundidos en una misma masa inferior no merecedora de consideraciones y ajena a los privilegios exclusivos de ese pueblo. Hay el Pueblo de Dios y los gentiles; y la historia toda se reduce a relatar la vida del pueblo escogido. Este pueblo es dueño de la tierra; todo ha sido creado para su servicio, desde el maná que cae en el desierto hasta la leche y miel de la tierra de Canaán. Este mismo concepto priva en el Imperio Persa e inspira al pueblo helénico. Hay helenos y bárbaros, y más tarde hay romanos y bárbaros. El concepto es siempre el de un pueblo señor, y otros pueblos, o tributarios o confederados, pero siempre con carácter secundario.

No es de extrañar que se considerara entre esos pueblos al estado de guerra como el estado natural. La paz tenía que ser objeto de tratados, de arreglos especiales. Atacar a un pueblo con el cual no había tratados, era cosa natural y justificada. Roma se

hizo señora del mundo conforme a este principio; y así vivió la humanidad hasta que fué infiltrándose en todas las clases sociales del Imperio Romano la doctrina cristiana que había declarado prójimo al judío y al samaritano.

La idea de diferenciación entre los pueblos que formaban el Imperio, en cuanto ella se aplica a la organización política, tuvo naturalmente que basarse en diferencias étnicas. Las diferencias políticas habían de acentuarse más y más al irse creando las tradiciones, el elemento más poderoso de la conciencia nacional, aun cuando las diferencias étnicas eran cada día menos acentuadas. El proceso de fusión de razas continuó durante la Edad Media; pero durante todo ese tiempo también continuó viva la idea de la unidad universal dentro del Imperio y dentro de la Iglesia; de manera que los conflictos más trascendentales por que atravesó el mundo en esos años fueron los ocurridos entre el Imperio y la Iglesia, que se disputaban la supremacía del poder dentro del concepto de unidad.

En el Imperio fueron apareciendo y desarrollándose poco a poco instituciones que al fin se definieron claramente en el feudalismo. El desarrollo de las tradiciones, dentro de las unidades geográficas correspondientes a grupos étnicos antiguos tendía hacia la desmembración de la unidad imperial y, por otra parte, el movimiento hacia el feudalismo tendía a esa misma desmembración, aun cuando esta corriente iba en cierto modo en sentido inverso. Durante todo este tiempo, es decir, desde los primeros tiempos que recuerda la historia hasta que se definió la idea nacional con la desmembración del Imperio y los choques entre los elementos que lo habían constituido, lo dominante es la idea de un gobierno central inspirado en las mismas ideas y desarrollando tendencias idénticas en todas partes. El mundo estaba sometido a un poder único, el cual lo dirigía por medio de una maquinaria bien centralizada, por lo menos en teoría.

A la constitución de las naciones correspondió la destrucción de esta idea de unidad imperial, que fué reemplazada por el concepto de nación con gobierno propio y tendencias diferentes de las de otras naciones, y a veces francamente antagónicas, más opuestas mientras más se desarrollaba el tesoro de tradiciones nacionales, y mientras más se enconaban los ánimos con choques sucesivos.

El más somero examen de las naciones de Europa revela en todas ellas tal mezcla de razas, que no se puede considerar el factor étnico como básico de la idea nacional. Entre el heleno de hoy y el heleno del tiempo de Pericles hay una diferencia enor-

me; cómo la hay entre los habitantes de Italia de la actualidad y los romanos que con César subyugaron las Galias.

Más poderoso elemento nacional es la religión; pero no es factor decisivo en la cohesión de los pueblos, como lo demuestran todas las naciones presentes en las cuales existe libertad de cultos.

De todos los elementos que constituyen una nación, el más poderoso es indudablemente el elemento literario : más que la unidad de lengua, la comunidad de tradiciones que viven en la literatura nacional. Podrán hablarse muchos idiomas en un país, pero los héroes y las leyendas son nacionales. Roldán es francés, como Arturo es inglés y Rodrigo Díaz de Vivar es español. Y como en los héroes nacionales lo que se celebra casi exclusivamente es la proeza militar, el éxito contra un enemigo, de aquí resulta que el desenvolvimiento del espíritu nacional ha desarrollado una tendencia predominantemente antagónica. El hijo de una nación es enemigo de todos los demás pueblos, en acción o, por lo menos, en potencia. Este estado de agresión, espiritual si no de hechos, ha sido la característica dominante de la historia de las últimas centurias.

Desorganización de la humanidad. — La organización de las naciones fué en más de un sentido la desorganización de la humanidad. Ya no había un hombre o un cuerpo central director que manejara el enorme conglomerado humano y pusiera a cada elemento constitutivo a desempeñar el trabajo que el director considerara más adecuado para el bien de todos. Lo que una nación poseía resultaba objeto de la codicia de las que carecían de ello. Tierras, tesoros, productos de las minas. Todas estas cosas desde hace mucho tiempo han sido productoras de guerras y prendas que se cambian para obtener ventajas o evitar sufrimientos; y así ha llegado la humanidad hasta los principios del siglo xx, en que se ha visto la más monstruosa catástrofe que los hombres han podido preparar, con la guerra mundial, cuya causa eficiente no fué otra que la misma acabada de mencionar : obtener lo que no se tiene por medio de la fuerza cuando los otros medios de que se ha podido disponer han fracasado.

Ha pasado el conflicto y nos encontramos en el momento actual con el mundo preñado de amenazas, con los pueblos armándose más y más; con los pensadores anunciando la próxima guerra, más grande aún que la que acabamos de ver, y con ese espíritu viejo de agresiones, de desconfianzas y de odios entre pueblos, que parece ser la característica esencial de lo que se ha llamado espíritu nacional.

Encuétrase, pues, la humanidad frente a este gran problema : ¿Va a decidirse siempre el destino de los hombres en los campos de batalla preparados por los políticos? ¿Es imposible que la humanidad encuentre medios para evitar ese estado de agresión entre las naciones, sin mermar en nada el espíritu nacional en su más noble expresión? ¿Será imposible acabar con las guerras en el mundo? ¿Será imposible que los estadistas y los hombres todos tengan un momento de concentración espiritual, mediten hondamente y comprendan que resolver las grandes cuestiones de la humanidad por medio de la matanza y todas las miserias que acompañan a los conflictos armados es confesar que la inteligencia humana, productora de tantas maravillas en muchos ramos del saber, se encuentra impotente para resolver lo que más fácil sería si en el estudio de los problemas internacionales se pusiera más inteligencia y más amor? Si la humanidad no puede subsistir y no puede avanzar en su camino sino por medio de intervalos de paz preparatorios de la guerra y guerras destructoras de las conquistas de la paz, entonces habrá que avergonzarse de ser hombres.

Vamos a descartar de estos breves apuntes la propaganda sentimentalista de los que pintan los horrores de la guerra para producir en los pueblos y en los gobiernos actitudes emocionales que los llevan a hacer declaraciones generosas y a entrar en convenios bien inspirados, declaraciones y convenios que nunca han significado mucho y ni hoy ni en lo futuro significarán más. La emoción que produce el abrazo entre dos hombres también puede producir la puñalada. El sentimiento puro debe ir dentro de nuestras almas como la corriente subterránea que ni se ve ni se oye y sólo se revela en la verdura de la tierra. Ese sentimiento no debe abandonarnos, pero las emociones y los sentimentalismos deben dejarse a un lado cuando se trata de estudiar y de aplicar métodos para poner fin a esas carnicerías de hombres que insultan la mentalidad humana.

El egoísmo nacional, conservador de los pueblos. — Cuando hablamos de nacionalismo y mencionamos el estado de preparación de las naciones para el ataque y la defensa, estamos muy lejos de censurarlo, pues consideramos que este estado ha permitido realizar dentro de las naciones progresos que al fin y al cabo han venido a resultar en beneficio de la humanidad. Puesto que este estado es general a todos los pueblos, el pueblo que no lo asumiera resultaría víctima de los demás. A falta de algo mejor, se han tomado medidas muy legítimas desde el punto de vista de la soberanía nacional pero que han sido verdaderos actos de guerra

contra las demás naciones. El ideal sería que todos los hombres pudieran libremente recorrer el mundo y plantar su tienda en donde les viniera en gana. Sin embargo, los países han debido adoptar medios especiales respecto a la inmigración, sea para favorecerla, para restringirla o para seleccionarla. Algunos no pueden ser muy exigentes en las condiciones impuestas a sus inmigrantes; los hay en donde los intereses obreros han exigido restricciones de la inmigración para evitar la baja de los salarios y la declinación de las normas de vida a que dichos obreros están acostumbrados. Ha sido necesario establecer reglas respecto a la calidad de los inmigrantes que se reciben, a su conducta, a su educación, a su estado de salud. Todas esas medidas son necesarias y nadie puede reprochar el que se tomen, dado el estado actual del mundo, en que cada nación tiene que ver por sí misma en primer término, y sólo en segundo término por las demás.

Las tarifas aduaneras, cuando no son simples medios para obtener ingresos, son instrumentos poderosos de ataque y de defensa en la constante guerra económica de las naciones. Los pueblos están en su derecho para establecer las tarifas que les plazca y también están en su derecho para responder con medidas análogas cuando sufran perjuicios.

Siguiendo esta misma línea de pensamiento se llega a los preparativos navales y militares. Cuando una nación ensancha sus ejércitos o sus unidades modernas de guerra, lo hace pensando en posibles agresiones; pero no puede evitar que los demás pueblos vean en esos aumentos ataques posibles a ellas. De aquí que ellos también intensifiquen sus preparativos bélicos. Este movimiento, fomentado también por partes interesadas, hace de la humanidad entera un campamento permanente.

Pero no se debe olvidar, porque en ello se contienen las esperanzas más fundadas de corrección de ese estado de cosas, que siempre que una catástrofe ha venido a herir profundamente a un pueblo, se ha despertado en los demás el sentimiento más hondo de la solidaridad humana y se ha acudido pronto y ansiosamente con el remedio o con el alivio.

Después de la guerra se han estado colectando constantemente fondos en los Estados Unidos para ayudar a los niños de Europa que devora la miseria. Hace poco alguien expresó la idea de que no se debía dar ayuda a los niños alemanes, pero la contestación que dió la nación entera fué abrumadora, y la ayuda ha seguido yendo con generosidad y sin interrupciones. Por más que hagan los hombres para apagar en sus almas la llama divina, ésta siem-

pre renace, y algún tiempo llegará cuando queme todas las impurezas y deje en la copela el oro de esta solidaridad por la que todos los hombres son hermanos y por la cual los sufrimientos, las necesidades, así como los placeres y la felicidad de unos son carga y patrimonio común de todos. Cuando esto no sucede, no hay deber más grande para un gobierno en condiciones normales que el de atender a las necesidades de su pueblo, aun cuando ello signifique perjuicio a los demás.

Insuficiencia del egoísmo nacional. — Sin embargo, por más que los pueblos hagan, nunca podrán llevar estas medidas hasta el extremo. No hay nación que por providencias interiores pueda esperar llegar a ser independiente de las demás. Esta interdependencia es desde luego mayor en unos pueblos que en otros. Aquellos cuya economía depende exclusiva o predominantemente de un solo producto, están sujetos a la recurrencia de crisis violentas, y su dependencia es casi absoluta de los pueblos consumidores de sus productos. De manera análoga se ve que los gobiernos que derivan la mayor parte de sus ingresos de una sola fuente están en constante peligro de crisis desastrosas. De aquí que dentro del sistema actual de nacionalismo y competencia el ideal sea que cada nación se sostenga independientemente de las otras. Para ello necesita multiplicar la variedad de sus productos y diversificar sus fuentes de ingresos. Con lo que se exporta se compra lo que se importa. Si las exportaciones disminuyen demasiado por cualquiera crisis y no se tiene dentro del país lo que antes se compraba afuera, ocurrirán sufrimientos y trastornos. Si los derechos de importación o de exportación, o ambos combinados, constituyen una porción excesiva de los ingresos del gobierno, cuando esas importaciones o exportaciones disminuyan o cambien de naturaleza, también se producirán situaciones difíciles. Resulta necesario dentro de cada país coordinar los productos y coordinar las fuentes de ingresos de tal manera que las dificultades por que atraviesa el mundo tengan la menor repercusión dentro de la economía nacional. Esto parece ser la solución más adecuada dentro de las formas actuales de la organización del mundo.

Coordinación entre las naciones. — Pero no podemos resignarnos a admitir que las naciones hayan de vivir eternamente, cuando no en guerras sangrientas, en pugnas económicas; o que hayan de considerar como un ideal el bastarse a sí propias y vivir aisladas de las demás. Este sería el resultado de una exagerada interpretación del sentimiento nacional, que podríamos llamar nacionalismo, pero que no podríamos llamar amor patrio.

La humanidad va convenciéndose poco a poco de que esta situación ha de cambiar; y ya ha empezado a establecer puntos de contacto y a emprender obras de coordinación, de tal modo que lo que a una nación le es más fácil realizar u obtener pueda compararse con otras naciones, a cambio de lo que éstas también con facilidad pueden producir, sin que esto sea el resultado de combinaciones de tarifas, presiones o hegemonías económicas.

Casi instintivamente, procediendo muchas veces con tanteos, con vacilaciones y desaciertos, ya se ha visto la necesidad de adoptar métodos científicos para establecer la armonía de los pueblos, respetando sus sentimientos patrios y atendiendo sólo a la eliminación de causas de conflicto.

Que esta obra puede extenderse a toda la economía de la tierra y puede llegar a ser una realidad, no se opone a la razón y puede ilustrarse con hechos reveladores de esta necesidad; de la manera cómo ha tratado de satisfacerla la humanidad; de los tropiezos que ha encontrado el método de independencia económica y defensa contra todos y de los primeros aciertos que se han logrado con el método de interdependencia coordinada por procedimientos científicos.

La guerra produjo una gran migración de industrias. La humanidad se vió privada de efectos esenciales para su vida y se dedicó a producirlos en lugares en donde antes eran producto de importación. Cada pueblo trató de ser más independiente que antes para no sufrir tanto en conflictos futuros. Pero estos esfuerzos, en terrenos antes desconocidos, en los cuales falta el beneficio de una experiencia larga, todavía tardarán en producir resultados tan satisfactorios en calidad y baratura de producto como los que se obtenían en los centros en que la industria se había desarrollado con la seguridad y la madurez de largos años de trabajo y experimentación.

Análogas consideraciones pueden hacerse con respecto a las industrias minera, forestal y agrícola. La preponderancia de un producto en un país debiera siempre ser una bendición. Una coordinación sabia lo distribuiría en todo el mundo y traería al país productor lo que se origina en otros países. El precio sería mínimo; la distribución fácil, los cálculos de existencias del producto y de las cantidades necesarias del mismo no ofrecerían dificultad. Pero esa preponderancia es, en realidad, en la mayoría de los casos, una desventaja. Los pueblos que derivan rentas fáciles de los productos de las industrias extractivas tienden a hacer que su economía dependa demasiado de esas industrias; a abusar del

monopolio que la naturaleza ha puesto en sus manos, haciendo pagar precios excesivos y produciendo la tendencia a talionar en los otros pueblos y esfuerzos de parte de éstos para independizarse de la nación monopolizadora, dedicando a la producción del efecto monopolizado esfuerzos que en otro terreno serían más provechosos para la humanidad en general.

Como ejemplo típico de aumentos de precio que no van de acuerdo con las variaciones de la producción, puede citarse el enorme aumento del precio de la goma. De un año a esta parte el consumo de este artículo ha crecido un veinte por ciento. Sin embargo, su precio se ha elevado un cuatrocientos por ciento, sin que haya disminuído la producción. Este aumento lo paga el último consumidor de artículos de goma. La humanidad en general sufre, pero la economía de un pueblo mejora.

Parece lógico y natural que cada país produzca lo que puede producir mejor y que se establezcan garantías suficientes de que los precios corresponderán al costo de producción y distribución y a otras circunstancias normales. Elimínese el peligro de aumento excesivo de precio o de supresión del producto por circunstancias artificiales o por emergencias, y la especialización será ventajosa para todo el mundo.

Venimos, pues, a la consideración esencial. ¿Es posible suprimir estos peligros? La contestación ha sido, es y por mucho tiempo será negativa. Tiene que serlo; y esto depende de que la humanidad ha encaminado su pensamiento dentro de determinadas líneas que no quiere o teme romper. Se ha pensado en la supresión de los conflictos entre las naciones por medio de ligas o confederaciones cuya base esencial es política. Se podrá trabajar cuanto se quiera para dar fuerza a estas ligas; pero todas ellas caerán en añicos cuando un poderoso elemento de ellas, o ajeno a ellas, encuentre que sus intereses económicos le exigen pasar por encima de los principios de derecho sancionados por la humanidad. Se ha insistido en la idea de una confederación de naciones, sin gobierno federal; se han insistido en el establecimiento de tribunales internacionales, sin sanciones suficientes. No dejamos de reconocer que en la opinión pública hay ahora una sanción más poderosa que antes; pero la opinión pública no impidió la guerra pasada ni impedirá las guerras del porvenir. Nunca se manifiesta más claramente la flaqueza de la opinión pública que cuando llega la ocasión de conflictos internacionales. Toda la serenidad se pierde; la estimación de los valores cambia, las más serenas críticas asumen proporción de sacrilegios y las locuras más grandes inspira-

das por el odio toman el aspecto de cosas normales y propias.

Ya hemos analizado la opinión pública para ver lo que puede esperarse de ella dentro del alcance nacional de las democracias modernas. Mucho menos puede exigírsele en asuntos internacionales, porque está dominada por sentimientos sin duda muy respetables, pero que exaltados no pueden dejar libre actividad a la razón.

La humanidad sigue hablando de confederaciones y ligas políticas porque ésta es la forma de pensamiento cristalizada en las mentes y porque éste es el lenguaje que todos entienden; pero paralelamente, al mismo tiempo que habla de esto, está haciendo obra más fecunda, más bien encaminada, para obtener ese desiderátum de la paz universal que todos anhelamos. La humanidad va realizando, cada día mejor, una obra sabia de coordinación, especialmente en los intereses económicos, que son los más poderosos agentes de las guerras.

América ha dado el ejemplo con su disposición constante a estudiar aquellos problemas que, siendo comunes a todo el continente, tienen que resolverse en atención a factores distintos en cada uno de los pueblos que lo forman. Pretender que se haya realizado labor perfecta sería cerrar los ojos ante la evidencia; pero también sería injusto decir que nada se ha logrado. En América ya se ha establecido cierta coordinación; y sigue estableciéndose; y no hay razón alguna para no creer que dentro de poco tiempo se habrá adelantado en este camino lo suficiente para demostrar que la coordinación económica entre los pueblos es cosa práctica y hacedera. Desde luego, una buena parte del continente americano está en el hemisferio sur. Esto produce una alternación en las cosechas que puede coordinarse y de hecho está coordinándose de manera que en todo tiempo y en todas partes de América puedan obtenerse los frutos de todas las estaciones. Una guerra de tarifas, en lo que se refiere al intercambio de productos agrícolas, sería atentatoria contra el bienestar de los pueblos. Se impone un acuerdo para establecer la coordinación. Lo mismo puede decirse con respecto a los productos de las demás industrias. Después de todo, en el fondo de todo comercio está el cambio de productos; y si los pueblos de América, y con ellos todos los pueblos del mundo, estudian bien lo que producen, lo que necesitan de sus productos, y ven qué cantidad sobra de lo que ellos producen y pueden producir especializándose más, después de atender a sus propias necesidades, será posible establecer una corriente de productos tal que se logre este intercambio sin fricciones y sin irritaciones de ningún género.

Coordinación legal. — Los pensadores ya ven con alarma la

desorganización existente en los países federales, que en cierto sentido es imagen de la desorganización del mundo entero. El gobierno de una federación es maquinaria complicada en extremo. Y la complicación crece cada día más con ese prurito de legislar, que es una de las más graves enfermedades del mundo actual. A la idea racional de un gobierno encargado de administrar un número estrictamente limitado de leyes, para dejar la mayor libertad posible a la iniciativa individual, se opone, cada día más victorioso, el concepto del gobierno como maquinaria encargada de fabricar leyes en número ilimitado, con divergencias marcadísimas, con conflictos numerosos, sin tener en cuenta leyes anteriores y abarcando todas las actividades humanas. Desde los reglamentos municipales hasta los decretos del ejecutivo; desde las leyes de los congresos hasta las decisiones de la Corte suprema; desde el crimen viejo, que se cometió cuando por primera vez se violó la ley moral en daño del prójimo hasta el crimen nuevo creado por la ley suntuaria que atisba y espía e invade hasta lo más sagrado y más privado de la vida, todo ha caído dentro de esa trituradora de conciencias y sofocadora de libertades que es la maquinaria gubernativa de las democracias modernas.

Todavía hay quienes, con toda buena fe, repiten el antiguo apotegma jurídico de que la ignorancia de la ley no sirve de excusa; pero la mayoría de los espíritus observadores y meditativos han descubierto su monstruosa falsedad. La ignorancia de la ley no podía servir de excusa cuando la ley y la moral iban de acuerdo; cuando el acto punible era una evidente transgresión de principios arraigados en todos los espíritus y producía daños a alguien en la comunidad; cuando el acto civil se basaba en las condiciones de potestad, libre voluntad y licitud sin más limitaciones que las que pudiera requerir el interés de terceros. Pero cuando se ha llegado a tener tal número de leyes que, ya no el ciudadano que no las estudia, pero ni el abogado llega a conocerlas; y hay la necesidad de jurisconsultos especialistas en cada rama de la ley; cuando la ley ha creado crímenes nuevos con hechos antes tenidos por todos como lícitos y aun hoy tenidos como lícitos por la mayoría de los hombres; y cuando los formulismos son tales que hasta se ha creado una jerga especial imposible de ponerse al alcance aun de las personas que poseen ilustración general, entonces la ignorancia de la ley es lo que debe presumirse si no se quiere que las democracias modernas sean iguales al trágico emperador que hacía inscribir las leyes en lo alto de una muralla, y en letra menuda, y mandaba matar a los que no las obedecían. Esta multiplicación, esta adulteración de las leyes;

esta perversión de la misión legislativa, se cuentan entre los más poderosos factores que militan en contra de la democracia.

Multiplíquese la situación descrita por el número de entidades soberanas de una federación y se tendrá una idea del abismo en que están derrumbándose las democracias modernas. Multiplíquese esta situación por el número de países democráticos del mundo y se sentirá vértigo.

Débase a esto la creación de organismos coordinadores dentro de las sanciones; y a ello también se debe el que se multipliquen cada día más organismos semejantes con alcance internacional. En ellos hay que confiar como en el remedio más acertado para esta enfermedad del mundo, esta ataxia locomotriz de la humanidad, que en teoría sabe a dónde quiere ir, pero en la práctica no avanza sino con sacudidas penosas, porque no puede coordinar sus movimientos. No hay razón — y la humanidad ya va reconociéndolo —, para que las leyes de aplicación local no se preparen en vista de las de aplicación en otra localidad; ni las que rigen en una materia, en vista de las que se aplican a asuntos distintos; ni las que corresponden a una unidad política en vista de las que rigen en otra unidad política. Esta labor de coordinación había de llegar a constituir una confederación de pensamiento y acción, respetuosa de todas las soberanías, con autoridad derivada del saber, de la observación, del análisis objetivo de lo observado; ajena a la política y libre de prejuicios: y al fin depuradora de la política y destructora de los prejuicios.

Toca a la República Argentina el honor de que uno de sus hijos pregone un nuevo concepto de la diplomacia: la diplomacia de estudio de las condiciones e instituciones de cada país para aprovechar lo que pueda aplicarse con ventaja en otro. Esta es diplomacia de coordinación, y va dentro de las inspiraciones del mundo entero. Esta es diplomacia de servicio y va dentro de las líneas esenciales que marcan el propósito supremo de las instituciones humanas: el bienestar de los hombres.

Coordinación industrial. — Se dice que ya no estamos en época de milagros; y en los últimos veinticinco años hemos presenciado maravillas en que la humanidad nunca soñó. El hombre, antes dueño de la tierra y de la superficie del mar, puede ahora viajar cubierto por las aguas del océano y también surcar el aire en naves que ni siquiera igualó la fantasía de los poetas, porque la poesía se atrevió a darle alas a Icaro, pero no las dejó que resistieran al fuego del sol. Nos maravillamos de que se pudiera hablar a distancia por medio de un hilo metálico y hoy se comunican los hombres por las

ondas del éter; y ya se empieza a mandar por estas mismas ondas las imágenes, de manera que la distancia acabará por nulificarse.

La industria está pasando por un proceso no menos maravilloso. En los Estados Unidos de la América del Norte ha sufrido durante los últimos quince años una transformación que revela hasta dónde puede llegar a la eficiencia humana cuando está bien coordinada. El principio básico de la industria antes de esa evolución era el de que su dueño la manejaba y dirigía. Hoy, con el capital convertido en acciones y bonos, la industria está en manos de gerentes que no tienen interés en el capital. De aquí que sus caracteres esenciales hayan cambiado completamente. El criterio del dueño-gerente lo lleva a fabricar lo que él se propone producir dentro de las formas que él mismo ha determinado; a vender lo que produce al mayor precio posible y a pagar a sus operarios los salarios menores que pueda. El criterio del que hoy dirige la industria es enteramente distinto. El considera el capital como algo que debe comprar en el mercado. Lo tiene que comprar a determinados precios indicados por el interés, el cual en los Estados Unidos ha llegado a oscilar entre el 5 y el 8 por ciento, según lo más o menos aventurado de la empresa. Por otra parte, considera a los obreros. Los intereses de la industria le exigen procurar que estos obreros tengan el más alto salario compatible con los otros factores interesados; que estén tan satisfechos como sea posible y alcancen la mayor eficiencia. También tiene que considerar al público. Trata de mejorar su posición personal en la comunidad distribuyendo entre el mayor número posible de gentes sus productos, haciendo que éstos sean de la mejor calidad y se vendan al precio más barato que pueda obtenerse. De manera, pues, que el gerente busca el equilibrio entre el interés que tiene que pagar al capital; el salario que tiene que pagar a los obreros y el bienestar y la eficiencia de éstos; y la calidad y el precio de las mercancías que distribuye entre el público. Y como él, por lo general, no tiene interés en el capital mismo; y, cuando lo tiene, éste no pasa de un décimo de uno por ciento, no puede inclinarse del lado del capital contra los obreros o el público, ni del lado de los obreros o del lado del público. Debe ser un coordinador; tiene que establecer un equilibrio benéfico para todos.

La tendencia general en los últimos años ha sido la de obtener el capital de entre los mismos obreros y los consumidores de los productos. Esto se ha acentuado en la industria eléctrica de los Estados Unidos. Si la tendencia que se ha manifestado durante los últimos cinco años en la compañía eléctrica más poderosa de ese país, llamada « General electric company », continúa durante cinco años

más, sus obreros llegarán a poseer la mayoría de las acciones. En los últimos conflictos habidos entre el capital y el trabajo se ha visto que invariablemente éstos ocurren en las industrias organizadas conforme al antiguo sistema de dueños-gerentes y no en las organizadas según el nuevo sistema, en que el gerente no es dueño del capital. Este proceso de coordinación, que se ha desarrollado en los últimos años, sigue movimiento acelerado y es seguro que no pasará mucho tiempo sin que prácticamente todas las industrias de los Estados Unidos estén organizadas y coordinadas de esta manera. Esto, unido al aumento de eficiencia de los obreros alcanzado últimamente, ha producido este cambio notable, que bien puede considerarse como una de las más grandes revoluciones industriales por que ha atravesado la humanidad. El promedio de los salarios en los Estados Unidos ha aumentado un ciento por ciento en comparación con los pagados antes de la guerra, mientras que el precio de las mercaderías no ha aumentado sino un sesenta y cinco por ciento. La productividad del pueblo americano es un quince por ciento mayor de lo que sería conforme a un desarrollo normal, contando con el aumento de la población. Este quince por ciento ha sido absorbido fácilmente por la misma población gracias, sin duda alguna, al aumento de los salarios. Por eso es que en los Estados Unidos nadie quiere que los salarios disminuyan, porque con esto no se beneficia nadie. Se quiere sí que siga el proceso de coordinación y que suban todas las industrias al nivel a que se ha llegado parcialmente. Cuando la generalidad alcance ese nivel será tiempo de pensar en nuevos aumentos de salarios.

Nada parecía más difícil de coordinar que las industrias, las cuales estaban fundadas en un principio muy análogo al de las naciones : principio individual y de competencia. Sin embargo, se ha logrado en gran medida y habrá de lograrse por completo ; y ello, como hasta aquí, sin presión legal, sino por medio de conferencias y acuerdos. Se han reducido a tipos uniformes y menores en número las variedades que se fabricaban, permitiendo así, por la repetición de la manufactura de una cosa, en una misma forma, mayor perfección en el producto, mayor abundancia y mayor baratura, al mismo tiempo que se ha dado mayor libertad a la iniciativa de los directores técnicos para que busquen nuevos perfeccionamientos. Un objeto esencial de la creación de tipos normales y de esta coordinación es no crear la uniformidad y la monotonía sino en aquello que es mecánico, y sólo para permitir la libertad máxima de la iniciativa individual. Hace pocos años se hubiera dicho que esta obra de coordinación era imposible. Hoy todavía no faltará quien diga

que es imposible la coordinación de las industrias y de los demás factores económicos del mundo; pero esto se puede hacer, y ya se está haciendo. Tócanos ver este movimiento con simpatía y aplicar a él nuestros esfuerzos para que se llegue a la meta con el menor número de fricciones, y para el mayor bien de la humanidad.

Especialización. — La especialización es elemento esencial para obtener productos mejores y más baratos. Se opone a ella la necesidad originada de la situación actual del mundo en la que cada país procura, naturalmente, bastarse a sí propio; pero cuando en una parte se produce todo, no se puede obtener ni perfección ni baratura.

La industria nos ha dado también en este punto ejemplos instructivos. Cuando en una fábrica de automóviles cada obrero se dedica a una sola cosa, la hace bien y aprisa; la división del trabajo ha producido excelencia y abundancia y, por consiguiente, satisfacción y bajo precio. Cada día se habla menos de ciertos productos que daban fama a determinados lugares. Todavía hay alfombras de Persia; pero hoy las alfombras que se hacen en todo el mundo compiten con ellas y, o las alfombras de Persia sirven sólo para los más ricos, o degeneran para ponerse al nivel del precio de las demás alfombras. Es de esperarse, dentro de la teoría de la independencia económica de los pueblos, y de temerse dentro de la teoría de la excelencia de producción y baratura del producto, que a las sedas de China sucedan las sedas de todo el mundo, como a los cueros de Córdoba les han sucedido los cueros de cualquier parte. No nos importa mucho que en Cincinnati se fabriquen los muebles del siglo xvii que venden los anticuarios de París; pero sí nos entristece que los cristales de Bohemia se hagan aquí y allí, que se imiten las industrias que los especialistas han hecho florecer y que todos traten de ser tan independientes que resulte efectivo el cuento de los habitantes de una ciudad, orgullosos de que todo lo hacían y todo lo tenían, y que se jactaban de poder representar la ópera *La africana* sin tener que importar salvajes porque los producía la localidad.

Un momento de vacilación. — En este momento la humanidad se encuentra vacilante entre estas dos teorías: o se hace cada nación enteramente independiente de las otras, y mientras no lo logra trata de establecer su equilibrio económico y desarrollar su defensa social por medio de combinaciones de tarifas y otros medios que no son sino manifestaciones de un estado de guerra latente revelador de que hasta hoy, por más que lo niegue el derecho internacional, no ha cambiado la humanidad sus teorías sobre las relaciones naturales de los pueblos; o entra de lleno a la teoría de la coordinación

general, para así establecer un armónico juego de intereses que eliminará las más importantes causas de fricción y será la más sólida esperanza de llegar a establecer la paz entre los hombres.

Si se formulara a la humanidad la pregunta sobre cuál de estas dos líneas de conducta le conviene seguir, indudablemente contestaría que le conviene la primera; y realmente puede decirse que es la única posible mientras el espíritu del mundo no rompa sus viejos moldes de pensamiento y ataque los problemas de carácter económico y social, no como problemas de orgullo ni de honor nacional, sino como problemas científicos de armonización de intereses. Mucho tiempo han de tardar todavía los hombres en darse cuenta de que el patriotismo estaría mejor servido si fuera menos emocionante y si se aplicara más la ciencia a los problemas que tienen que ver con el carbón de piedra, con las minas de hierro, con la ganadería, con la producción y distribución de la goma o con los movimientos y las necesidades de la humanidad. Estas son las cosas materiales de la vida y su uso universal llegará a asegurarse dentro de un criterio altísimo de servicio a toda la humanidad y de distribución entre todos de beneficios que a todos deben ser comunes.

Pero si bien sabemos que todavía tardará esto en realizarse, también vemos de manera evidente que la humanidad está en camino de realizarlo. Las cuestiones económicas y los problemas legales y sociales son, cada día más, objeto de estudio, no aislado sino en combinación de parte de los cerebros directores de la humanidad. La opinión de estos hombres pesa en los gobiernos y, si ya no existe el poder despótico que movía a los hombres como a piezas de ajedrez para que cada uno desempeñara su papel dentro de la armonía del conjunto, ahora los gobiernos escuchan atentamente las voces de estos sabios y ajustan su línea de conducta a lo que ellos dicen, haciendo de esta manera más suave y fácil el juego de la maquinaria universal en cuestiones económicas, legales y sociales. Esto se va realizando muy poco a poco. Todavía se debe atender a intereses creados y se ha tenido en cuenta que para que se establezca una coordinación completa y de perfecto funcionamiento, se necesita un acuerdo universal, sin elementos disidentes. Para llegar a este acuerdo será muy largo el camino; habrá muchos prejuicios que destruir y habrá de trabajarse mucho para dar serenidad a los ánimos y para dulcificar el concepto del patriotismo, creando una actitud más cordial para con los hombres y más objetiva para con los hechos y problemas que rodean a la humanidad.

Coordinación material. — No dejaremos pasar más tiempo sin hacer ver de modo inequívoco que estamos hablando meramente de

coordinación de factores económicos, legales y sociales, una coordinación resultante de estudios científicos y expresión de la voluntad ilustrada de los pueblos; quiere esto decir que no vemos en la tendencia actual, ni deseáramos ver, el que, por ejemplo, se manejara a los obreros llevándolos de aquí para allá como rebaños, para aplicar sus esfuerzos en donde más se necesiten. Estos movimientos, después de todo, se efectúan por sí solos y, exceptuando ciertas medidas precautorias como las que antes hemos citado, debieran tener el menor número de restricciones posibles.

Que la coordinación ha de hacerse entre lo material es afirmación que no necesita justificarse. Podría, sin embargo, creerse que esta armonización llegará a terrenos que deben estarle vedados, como lo son el de las altas especulaciones del pensamiento y el de las creaciones del arte. Esto no se coordina ni se armoniza. Sería una desgracia que eso ocurriera. En el arte todas las deserciones, todas las rebeliones, todos los cambios de frente son admisibles, son justificables y hasta merecen aplauso, siempre que produzcan mayor belleza. En el pensamiento todos los vuelos, todas las curiosidades, todas las profanaciones, todas las iconoclastias son aceptables; pero sólo el pensador que se atreve a todo y contra todo lo que existe en este mundo de tejas abajo; es el que puede dar esperanzas de progreso a la humanidad. Se ve venir, y la esperamos con alborozo, esa armonización de lo mecánico, especialmente en cuestiones económicas, que dará mayor libertad al pensamiento y al arte. El pensamiento y el arte hoy viven sujetos por problemas diarios que les restan una gran parte de la atención y del tiempo que pueden dedicarse a las labores más altas del espíritu. La coordinación, como la reducción a tipos normales, en las cosas materiales de la vida, libra al espíritu de preocupaciones y le permite concentrarse más en sus actividades y adelantar más. Se trata de coordinar lo corpóreo para ampliar la esfera de lo espiritual. El hombre que tiene bien coordinados los movimientos de su cuerpo puede ir por las calles de la ciudad sin pensar cómo mueve los pies, para seguir su camino. El cuerpo va automáticamente y el alma, independiente de él, va recorriendo sus propias sendas espirituales. No así con el convaleciente que ha perdido la coordinación automática de sus movimientos y cuyo pensamiento debe concentrarse en la manera cómo debe dar el paso para no tropezar o caer.

Agencias de coordinación. — Entre los organismos coordinadores que ya existen podemos citar las oficinas técnicas adscritas a la Liga de las naciones. No se puede todavía cifrar mucha esperanza en una combinación política que al fin y al cabo vendría a reducirse

a una confederación sin gobierno ni autoridad general, y a una administración de justicia sin sanciones; pero sí hay que tener fe en esas agencias económicas, jurídicas y de otros géneros que están estudiando la potencialidad de cada pueblo y sus variaciones; y viendo la manera de establecer acuerdos entre una y otra nación para facilitar el intercambio de lo que cada una produce y la armonización de sus instituciones, no dentro del criterio de una guerra económica ni de una confederación política, sino dentro del criterio de una coordinación científica. En agencias como ésta cifra la humanidad sus esperanzas más fundadas de llegar a resolver sus problemas más trascendentales sin recurrir a derramamientos de sangre ni a esas destrucciones materiales que empobrecen a todos y que se trata de justificar por principios que, al fin y al cabo, nunca triunfan definitivamente.

Ejemplo de coordinación posible : los cambios. — Esta coordinación irá extendiéndose; tiene un campo vastísimo. Un problema muy grave y que parece inatacable es el de las monedas nacionales y de los cambios internacionales. Como entre el concepto clásico de la soberanía se encuentra la facultad de acuñar moneda, todavía tiene raíces hondas en los pueblos la preocupación de que uno de los símbolos de su soberanía, y que debe ser intangible como lo es el honor nacional, es la moneda nacional. Los cambios internacionales han sido objeto de estudio de los más eminentes economistas. Se ha tratado de mil maneras de corregir los males que causan sus alteraciones. Y el ídolo « moneda nacional » sigue en pie; y se ha constituido en una entidad aparte, en un valor lo que no ha sido ni debiera ser más que un instrumento para facilitar la operación fundamental del comercio, que consiste en el intercambio de los productos.

No pretendemos aquí apuntar ninguna solución para el problema de los cambios; pero sí creemos que van desacertados los que se olvidan de este principio fundamental de que el comercio es en el fondo un cambio de productos. Teniendo en cuenta este principio será más fácil encontrar la solución. Se habla de lo que vale el dólar y de lo que vale el peso y de lo que vale el franco en términos unos de otros, y se olvida que todas estas unidades no valen ni más ni menos sino por las operaciones del cambio. En el fondo, los productos compran productos, no los dólares ni los pesos ni los francos. Se habla de la equivalencia de las monedas antiguas en dólares de hoy fijándose en la cantidad de oro u otro metal que contenían en lugar de fijarse en lo que con ellas se adquiriría, que es lo fundamental. Lo mismo pasa al hablar de la equivalencia de las mone-

das de un país con las de otro. Si con diez centavos se compra en un lugar lo que se compra con un peso en otro lugar, diez centavos y un peso tienen un mismo valor. Si con el precio que se obtiene por una tonelada de trigo se puede comprar un par de zapatos, la unidad de valor que representa la tonelada de trigo, llámese como se llame, será equivalente a la unidad de valor que representa el par de zapatos; pero como tenemos que hacer dos operaciones en todas esas compras y ventas, es decir, vender el trigo por dinero y luego comprar los zapatos con dinero, pueden resultar juegos y especulaciones que alteren el precio; y de allí que pueda suceder y de hecho suceda, que un hombre produzca en trigo valor suficiente para comprar un par de zapatos y el precio que obtenga no le baste para comprarlo.

Ya algunos países han establecido su cambio con relación a la moneda de los países con los cuales tienen relaciones comerciales más activas. Esto elimina un elemento grande de variaciones. Otros países han adoptado monedas extranjeras, exclusivamente o en coexistencia con las nacionales, y podemos imaginarnos que si este movimiento sigue sin interrupción llegará a establecerse un sistema en que las unidades de moneda representen valor internacional aceptado y fundado en el valor real de las cosas. Este valor real ya se ha determinado con bastante exactitud, no en términos absolutos, porque esto sería imposible, pero si en términos relativos, tomando como base los precios pagados en un año normal y estableciendo una serie de números índices. Podemos muy bien imaginarnos que la humanidad llegará a hablar de precios, no fundados en dólares ni en francos ni en ninguna otra clase de medidas de valor, sino en unidades relativas fundadas en los números índices. En esta labor, los estadígrafos del mundo entero están realizando contribuciones muy grandes a la ciencia económica, que son en esencia pasos seguros hacia la paz universal. No es una ilusión, sino algo que ya está en vías de realizarse, el que la economía de las naciones se coordine con subordinación a principios económicos derivados de la experiencia y de los cálculos de los estadígrafos y otros especialistas.

Otros ejemplos de coordinación. — Podríamos citar los resultados de la coordinación económica en grupos políticos menores, como son las naciones federales. Bástenos como ejemplos mencionar los Estados Unidos, en donde las leyes federales no cubren todos los puntos y en donde se ha necesitado estudios encaminados a producir la armonía entre las entidades de la federación. Esos estudios se hacen por medio de conferencias de representantes de los estados y por medio de grupos científicos de carácter permanente cuyos es-

fuerzos han reducido en grado considerable las fricciones naturales que habrían de producirse entre estados tan diversos como los que componen la Unión americana.

Algo análogo en sus fundamentos, aun cuando distinto en sus métodos, está ocurriendo en la Rusia soviética. Poco sabemos de lo que ocurre en ese país; pero sí lo suficiente para darnos cuenta de que, si no el principio fundamental de la política económica de los soviets, sí uno de los principios esenciales de esa política es la coordinación. No se puede comprender el comunismo sin una labor intensa de coordinación; y realmente no se puede comprender el progreso del mundo, con los intereses crecientes y con la intensidad de vida cada vez más grande de la época actual, sin relacionarlo en grado creciente con una coordinación universal.

Y parece ironía que por reacción contra la tendencia de organización política y económica seguida en Rusia se haya desarrollado la tendencia centralizadora del poder tipificado por el fascismo italiano. Si bien se mira, ambos sistemas se basan en un mismo principio: la coordinación. En una parte la impone la voluntad incontrastable de un grupo; en otra la voluntad inflexible de un hombre. En ambas se ahoga a la democracia atacándola en cuanto ella ha demostrado ser débil: su ineptitud para organizar, para enfocar esfuerzos, para consolidar voluntades dispersas en un elemento común a todas y encaminarlas dentro de la libertad a mayor intensidad y a mayor alteza de vida.

El sistema internacional presente, que ya va pasando, es análogo al de conflictos y reajustamientos de las democracias. Opónese a él el de la coordinación fundada en la autoridad científica y en el común acuerdo. Las naciones no pueden negarse a seguir los dictados de la ciencia porque con ello no pierden ni merman su soberanía. Y siguiéndolos, todavía por algún tiempo seguirán ensanchando y perfeccionando sus armamentos y sus ejércitos, y arrullando sus sueños políticos con debates sobre confederaciones universales y acuerdos de justicia internacional. Un día despertarán y, como descubrirán que ya no tienen por qué pelear se darán la mano y habrá paz entre los hombres de buena voluntad. Si esto no sucede, por lo menos las causas de conflictos serán menos numerosas y algo se habrá restado de esa herencia de maldición que dió a los hombres Caín.

Conclusión. — En este momento crítico de la humanidad es presuntuoso hacer recomendaciones. En realidad, en la tribuna universitaria, no cabe más que una recomendación, y es la de conservar siempre los ojos del espíritu abiertos y el espíritu mismo libre de pre-

juicios. Que las naciones con el tiempo abandonarán la política de aislarse y bastarse a sí mismas, procurando su bienestar económico y social por medio de competencias, guerras de tarifas, tratados políticos y otras medidas de esta naturaleza; y se reunirán alrededor de la mesa de estudio y discusión para establecer coordinaciones siguiendo las variaciones naturales y conforme a un método rigurosamente científico, es caso que muchos sucesos actuales nos permiten profetizar.

La humanidad progresa por etapas. De lo existente, más o menos coordinado, arranca hacia algo nuevo que lo existente hace posible porque sirve de base, de principio, y también de refugio en casos de fracaso. Las nuevas conquistas, por algún tiempo, están como aisladas, como fuera de lugar, hasta que hallan su puesto y entran en el organismo de lo adquirido, en donde aumentan el capital para nuevas empresas. Esta organización de la cultura permite el acrecentamiento de la cultura porque favorece la libertad del espíritu. La humanidad tiende a encasillar, a clasificar sus reservas de cultura, a hacerlas luego que trabajen automáticamente, para después usarlas subconscientemente en nuevas elaboraciones que producirán mayores adelantos.

Somos testigos de un cambio cada vez más marcado en el sentido de favorecer la obra de coordinación. Es necesario mantener el espíritu en estado de receptividad, para así ser dignos continuadores de la labor científica de nuestros predecesores. Puede recomendarse no la supresión ni siquiera una merma del espíritu nacionalista, pero sí una más atinada apreciación de valores por la cual se dé a los sabios, a los constructores, el puesto que les corresponde en la vida de los pueblos. Las tradiciones de las hazañas militares han creado el espíritu nacional; pero al mismo tiempo le han dado, un carácter de agresión y desconfianza. Las tradiciones artísticas y literarias han enaltecido y enriquecido la vida emocional. Tiempo es de consagrar la tradición científica, de glorificarla como lo merece, con la seguridad de que al intensificar el amor patrio le imprimirá un sello de cordialidad, un sello de fraternidad humanas que se traducirán, ya no en el ansia de demostrar la fuerza en los campos de batalla, sino en el ansia de demostrar la grandeza espiritual en los campos de la ciencia y en el terreno práctico del servicio mutuo. Hay que crear nuevas tradiciones para agregarlas a las tradiciones antiguas. La nación que más sirve es más grande que la que más conquista; y los héroes de la ciencia no son menos gloriosos que los que con las armas en la mano dieron libertad a los pueblos. Esto habrá de ser así; y todo en la actualidad así lo anuncia. Podemos

imaginarnos que nuestros hijos verán a los pueblos de la tierra como a los atletas que en la arena se disputaban la palma. El vencido participará del orgullo del vencedor, porque no está el honor en el triunfo, sino en la limpieza del juego; y cuando todos juegan limpio, vencedores y vencidos participan de un mismo honor. Las naciones purificarán de prejuicios el sentimiento del patriotismo, presentarán con orgullo la historia de sus hechos, pero la fundarán en valores nuevos agregados a los viejos valores; y la nación más legítimamente orgullosa será la que más alto piense, la que más hondo ame, la que más bellamente exprese y la que más eficazmente sirva.

Apreciaciones generales

Hemos seguido en estas tres conferencias el hilo de un mismo pensamiento. Hemos pasado del elemento nacional al conglomerado continental y de éste a la totalidad humana. Hemos dado testimonio de lo que se descubre en las tendencias actuales del mundo y hemos pretendido definir cuál debe ser la actitud de los que se preocupan por esos problemas ante los últimos fenómenos que revela la humanidad. Hemos visto que se ha hecho sentir en los pueblos democráticos la necesidad de quitar de las manos de los políticos un número cada vez mayor de problemas para ponerlos en las manos de hombres técnicamente preparados. Hemos visto los defectos de que adolece el funcionamiento de las prácticas democráticas y hemos llegado a la conclusión de que la carrera política no puede dejarse en manos de aficionados, animados quizá de buena voluntad y patriotismo, pero carentes de la ciencia que se necesita para emprender con probabilidades de éxito la solución de los problemas económicos y sociales de una nación. Hemos visto que al principio de elección se une y debe unirse cada vez en mayor grado el principio de selección; y que al principio democrático de conflictos y reajustamientos debe acompañar cada vez en mayor grado el principio de coordinación.

Pasando el conglomerado de naciones democráticas que forman el continente americano, hemos visto también cómo ha ido estableciéndose por la fuerza de la naturaleza una selección de naciones *leaders* cuya dirección en aquello en que cada una de ellas la ha asumido es conveniente y aceptable, pero no debe significar merma de la soberanía ni de la igualdad de los Estados conforme ellas se entienden en el derecho internacional. Hemos visto cómo América

está haciendo esfuerzos para coordinar el estudio de los problemas americanos y para cooperar en la resolución de estos problemas; y hemos visto cómo América, campo abierto a la humanidad y fecundo en ideas nuevas, con la contribución de todos sus hijos, incluyendo la mujer, que en América desempeña papel hoy muy importante en la vida social y política, ha enriquecido a la humanidad con nuevas ideas, y al derecho internacional con principios, interpretaciones y puntos de vista netamente americanos.

Pasando por último a la humanidad entera, hemos visto también en este breve examen cómo a la idea de confederación de naciones con un poder superior que tardará en conséguirse, si alguna vez se admite, y con una administración de justicia que carece de sanciones suficientes, va agregándose el elemento cada vez más creciente de la idea de coordinación de intereses económicos y sociales, que parece ser la base más firme en que pueden fundarse las esperanzas de la humanidad para un bienestar más grande y más general, y para la paz entre todas las naciones de la tierra. Se ve cada vez más admitido el elemento científico en el estudio de los problemas de interés para todo el mundo y se descubre la tendencia a poner estos problemas de la humanidad ante los sabios de todas partes, para que ellos indiquen la coordinación conveniente de elementos económicos, de medidas gubernativas, de unidades de valor y de medida y de otros factores importantes, poderosos para conservar o romper la paz entre las naciones.

Reconocemos que muchos de los errores y de los sufrimientos de la humanidad se han debido a que se ha dado a las palabras una significación que no corresponde a la realidad de las cosas. En frente de los problemas actuales de la humanidad nosotros abrimos nuestros ojos hacia el porvenir. Estamos dispuestos a prestar nuestro contingente de estudio y estamos resueltos a combatir prejuicios y a trabajar por la generalización de un espíritu receptivo entre los pueblos; para llamar bueno a lo que bien hace y malo a lo que perjudica; y seguir adelante nuestro camino, sin preocuparnos mucho de que el mundo sea lugar seguro para la democracia que nos legaron nuestros padres, con tal que sea lugar seguro para la humanidad que hoy vive y que, conforme a sus alcances, crea nuevas instituciones para que nuestros hijos vivan al amparo de ellas y las destrocen cuando les vengan estrechas.

Nada hay más sagrado en el mundo que la vida. Debemos intensificarla. Haciéndolo colaboramos con Dios. El que es más fuerte de cuerpo, de pensamiento y de amor es el que más vive; y su vida es acto de reverencia a Dios y de servicio a la humanidad.